

CUENTOS DE ESPANTOS

Manuel José Othón

*Carlos Alcalde
Eugenio Olvera*

Ilustraciones

Edición comentada

Sofía Espino Mandujano



 LECTURAS
VALENCIANA



UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO

Cuentos de espantos

COLECCIÓN LECTURAS VALENCIANA

8

CUENTOS DE ESPANTOS



Manuel José Othón

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



2021

DIRECTORIO

Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino

Rector general

Dra. Cecilia Ramos Estrada

Secretaria general

Dr. Sergio Antonio Silva Muñoz

Secretario académico

Dra. Teresita de Jesús Rendón Huerta Barrera

Rectora del Campus Guanajuato

Dra. Claudia Gutiérrez Padilla

Secretaria académica del Campus Guanajuato

Dr. Miguel Ángel Hernández Fuentes

Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Dra. Krisztina Zimányi

Secretaria académica de la División de Ciencias

Sociales y Humanidades

Dr. Andreas Kurz

Director del Departamento de Letras Hispánicas

Dr. Felipe Oliver Fuentes Krafczyk

Coordinador de la Licenciatura en Letras Españolas

Mtra. Flor E. Aguilera Navarrete

Coordinadora de la Colección Lecturas Valenciana

Cuentos de espantos

Primera edición electrónica de esta Colección, 2021

D.R. © De los textos: los autores

D.R. © De las ilustraciones: los autores

D.R. © De la edición:

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Campus Guanajuato

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Departamento de Letras Hispánicas

Lascuráin de Retana núm 5, zona centro,

C.P. 36000, Guanajuato, Gto., México

La Colección Lecturas Valenciana es un proyecto editorial estudiantil que forma parte del curso de profesionalización “Corrección y edición de textos”, a cargo de la Mtra. Flor E. Aguilera Navarrete, de la Licenciatura en Letras Españolas.

Diseño de portada: Flor E. Aguilera Navarrete

Imagen de portada: Hortensia Aguilera

Corrección: Flor E. Aguilera Navarrete y Karla Sabrina Ramírez Rocha

Maquetación: Flor E. Aguilera Navarrete

Coordinación editorial: Flor E. Aguilera Navarrete

Apoyo editorial: Sofía Espino Mandujano

ISBN: 978-607-441-728-9 (de la obra completa)

ISBN: 978-607-441-907-8 (del volumen)

Se autoriza cualquier reproducción parcial o total de los textos de la publicación, incluyendo el almacenamiento electrónico, siempre y cuando sea sin fines de lucro o para usos estrictamente académicos, citando siempre la fuente y otorgando los créditos autorales correspondientes.

Hecho en México • *Made in Mexico*

*Agradecemos a Editorial Fontamara
por proporcionarnos las ilustraciones
editadas por ellos a partir de la publicación
de 1903 de El Mundo Ilustrado.*

CONTENIDO

Presentación	13
<i>Anuar Jalife Jacobo</i>	
Sobre las ediciones	17
<i>Andreas Kurz</i>	
CUENTOS DE ESPANTOS	
<i>Manuel José Othón</i>	
Advertencia editorial	21
Estudio introductorio	25
<i>Sofía Espino Mandujano</i>	
Encuentro pavoroso	57
Coro de brujas	75
El nahual (?)	103



Manuel José Othón

14 de junio de 1858-28 de noviembre de 1906

*Fuente: Casasola, 1908(?), Colección Archivo Casasola-
Fototeca Nacional del Instituto Nacional
de Antropología e Historia.*

PRESENTACIÓN

Roberto Calasso, en *Cien cartas a un desconocido*, señala que al editor debe exigírsele un mínimo irrenunciable: “encontrar placer en los libros que publica”. Quizás a un joven estudiante de literatura se le podría pedir algo similar: apropiarse con placer de sus aprendizajes universitarios. La Colección Lecturas Valenciana consigue engarzar los placeres de la lectura, la escritura y la publicación a través de sus dos vertientes, tan distintas como complementarias. La primera nace del interés de sus jóvenes editores por difundir una serie de obras clásicas de nuestra literatura —con autores que van de Juana Inés de la Cruz a Antonieta Rivas Mercado, pasando por Ignacio Ramírez, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel Acuña, Laura Méndez de Cuenca y Efrén Rebolledo, por mencionar algunos—, cuya selección es fruto de lo aprendido durante sus años de formación, del conocimiento y el reconocimiento de una tradición, del cultivo de una sensibilidad individual y de la expansión de la propia curiosidad.

La segunda surge de una vocación reflexiva que exige situarse de modo formal en los estudios literarios para realizar cuidadosamente una edición comentada como las que aquí se presentan. El resultado es la construcción de un espacio caracterizado por el rigor literario, el rescate del patrimonio intelectual y el cuidado editorial, para que jóvenes editores mexicanos publiquen sus primeras obras y salgan al encuentro de sus lectores. Se trata de un ejercicio con un carácter formativo y profesional, donde nuestros estudiantes ponen en práctica buena parte de lo aprendido durante sus años de estudio y lo llevan fuera de las aulas.

La aparición de esta colección es una muestra de los esfuerzos realizados en el programa de la Licenciatura en Letras Españolas de la Universidad de Guanajuato para favorecer el desarrollo de competencias profesionales por parte de sus estudiantes y mejorar sus oportunidades de incorporarse al mundo laboral al momento de egresar. Destaca entre estos esfuerzos, los de la profesora y editora Flor E. Aguilera Navarrete, quien, en sus cursos de “Corrección y edición de textos”, ha conseguido crear un semillero de jóvenes editores universitarios que hoy nos entregan sus primeros títulos. En alguna ocasión, Rafael Solana, editor de la emblemática revista *Taller Poético*, en su artículo “*Barandal, Taller Poético, Taller, Tierra Nueva*”, antologado en *Las revistas literarias de México*, se preguntaba: “¿Quién de todos nosotros [...] no soñó alguna vez, en la edad

en que esas cosas suceden, en publicar una revista?”. La misma pregunta valdría para la publicación de un libro. Hoy los jóvenes editores de la Colección Lecturas Valenciana cumplen ese sueño.

Dr. Anuar Jalife Jacobo
Profesor de la Licenciatura en Letras Españolas

SOBRE LAS EDICIONES

En el mundo científico y académico se desarrolla, desde cientos de años, una discusión fastidiosa que, se escriba lo que se escriba, jamás terminará ni encontrará solución. ¿Las metodologías de ciencias duras y blandas se diferencian? ¿Las humanidades aportan conocimientos sólidos y duraderos? ¿Filosofía, literatura, historiografía y sociología son ciencia o no lo son? Estas preguntas resumen la discusión y, por supuesto, se trata de preguntas que son falacias porque no puede haber respuestas. El sentido común percibe las cuestiones que trata, por ejemplo, el estudio de las literaturas de regiones y épocas diversas como simple y vulgarmente inútiles, como vaguedades y pasatiempo de gente que se aburre. El sentido común no siempre acierta. El estudio de las literaturas genera un discurso que, en un mundo ideal, podría ser un regulador ético para otros discursos que sí son útiles y, porque son útiles, peligrosos: la técnica, la política, la física, la química, etcétera. Los estudiosos de las literaturas podríamos decir —en nuestros

libros, artículos, discursos y clases inútiles— que aún hay algo así como una responsabilidad ética, un ¡hasta aquí!, para las ciencias duras y los discursos que forman y moldean nuestras sociedades. Sin embargo, ya no sabemos qué nos da el derecho de sentirnos instancias morales. Tanto el comportamiento de la Academia, como nuestros estudios cada vez más metafísicos y vagos, cada vez más con base en teorías autorreferenciales, en postulados que sólo se explican a sí mismos, nos quitan este derecho. Urge que los estudiosos de literatura, filosofía e historia se reconcentren en objetos concretos, en libros, textos, manuscritos, documentos. Urge que aceptemos que nuestras disciplinas, como la física, la química y las matemáticas, antes de analizar y fraccionar, deben proporcionar datos, tener un corpus que se pueda estudiar.

La gran tradición y el bello arte de la edición de textos actualmente no tiene la posición destacada en nuestras universidades e instituciones que debería tener. Muchas veces basamos nuestros análisis y búsquedas de sentido en textos mal editados o manipulados, en textos que, antes de que se inicie el proceso de investigación, falsifican los datos que vamos a investigar. Al mismo tiempo, mucho de lo escrito en siglos pasados corre el peligro de perderse porque falta el editor paciente que lo rescate y lo presente en forma digna y confiable a los lectores e investigadores actuales.

En este sentido, hay que dar una acogida entusiasta al proyecto de la Mtra. Flor Aguilera y de sus

estudiantes, un proyecto que, desde el aula, procura proporcionar esta base científica, los datos duros que también las ciencias blandas producen. Sin esta base no puede haber humanidades. Las ediciones presentadas en esta colección son un inicio y, más importante, una motivación para los estudiosos de las letras: sí se puede hacer ciencia, sí se puede ser útil ocupándose de cosas inútiles y bellas.

Dr. Andreas Kurz

Director del Departamento de Letras Hispánicas

ADVERTENCIA EDITORIAL

Esta edición de *Cuentos de espantos*, de Manuel José Othón, que forma parte de la Colección Lecturas Valenciana, está basada en *El Mundo Ilustrado*, donde cuentos se publicaron por primera vez en 1903, a modo de cinco entregas. Se decidió usar esta edición por ser la única publicada en vida del autor, al menos conocida hasta ahora. Esta edición de 1903 fue consultada en la Hemeroteca Nacional Digital de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Además, la publicación de *El Mundo Ilustrado* ofrece varias ilustraciones que, aunque son un reflejo arbitrario y parcial de la sociedad mexicana de finales del siglo XIX, brindan una perspectiva de las clases sociales privilegiadas, dando cuenta de la configuración física o material de los personajes. Estas ilustraciones, de igual manera, se reproducen en nuestra edición. Se trata de once ilustraciones, cuyos autores son Carlos Alcalde (Ciudad de México, 1871-1917) y Eugenio Olvera (Ciudad de México, 1866-1934). Es importante resaltar que, aunque probablen-

te el autor de la tercera imagen de “Coro de brujas” sea Alcalde, no fue posible distinguir con claridad a quién correspondía la firma. Asimismo, no se identificó rúbrica alguna en las últimas dos ilustraciones de “El nahual (?)”. Las ilustraciones fueron editadas y proporcionadas por Editorial Fontamara, a partir de la publicación de 1903 de *El Mundo Ilustrado*.

Cuentos de espantos está conformado por tres cuentos, incluidos todos en esta edición, ya que sólo en conjunto cobran un sentido completo. Por supuesto, sí son cuentos individuales, incluso han sido editados de manera separada, sin embargo tienen referencias entre ellos mismos que los hacen continuación del anterior, por lo que, a nuestro juicio, separarlos sería mutilar parte del significado e intención de la obra.

Se realizaron cambios en el texto en cuanto a acentuación de preposiciones (*a* por *á*, la preposición se tildaba hasta inicios del siglo xx) y conjunciones (*o* por *ó*), la simplificación de la palabra *obscur* por *oscuro*, pues, aunque ambas son correctas, la Real Academia Española (RAE) recomienda las grafías simplificadas por ser más acordes con la articulación real de estas palabras. Además, se suprimieron comas innecesarias donde se separaba el sujeto de su predicado, sin alguna aposición de por medio, y que podrían entorpecer el flujo natural de la lectura. Tales cambios se llevaron a cabo con base en la *Ortografía de la lengua española*, revisada por las Academias de la Lengua Española de 2010, y el

Diccionario panhispánico de dudas en su versión digital del 2005. Asimismo, se siguieron algunos de los criterios de corte de párrafo propuestos en la edición de Porrúa de 1985, pues resultan acertados.

Los comentarios a pie de página son, principalmente, aclaraciones de palabras poco frecuentes en el habla cotidiana, así como latinismos, objetos y ocupaciones propias del campo, para contextualizar algunas referencias que hacen los personajes, como la noche de Walpurgis, algunos santos y festividades de la religión católica, y para aclarar el lenguaje de los campesinos y otros mexicanismos y, a manera de guía de lectura, señalamientos para relacionar los momentos cuando los cuentos entrelazan para unirse como una unidad narrativa. Las fuentes a las que se recurrió para las explicaciones semánticas son el *Diccionario de la lengua española* de la RAE, el *Diccionario breve de mexicanismos* de Guido Gómez de Silva, el *Diccionario del español de México*, cuyas investigaciones son realizadas por El Colegio de México, y el tomo XXIX de *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, de 2001, pero publicado hasta 2009.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Sofía Espino Mandujano

MÉXICO HACIA UN NUEVO SIGLO

Manuel José Othón desarrolló su vida literaria en el periodo histórico conocido como Porfiriato, en alusión a José de la Cruz Porfirio Díaz Mori, muy conocido en la historia de México por haber permanecido en el poder por más de treinta años. Porfirio Díaz fue un militar que tuvo una participación destacada en la Guerra de Reforma y en la Intervención Francesa. Al morir Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada se convirtió en presidente interino. Posteriormente, se convocaron elecciones, en las cuales Díaz y Lerdo de Tejada se postularon, siendo este último el candidato electo. Díaz desconoció la victoria de Lerdo de Tejada y, levantándose en armas, asumió la presidencia en 1876 tras derrotarlo en el campo de batalla. El régimen de Porfirio Díaz

terminó forzosamente en 1911, debido al arribo de Francisco I. Madero al poder. El Porfiriato se caracterizó por las múltiples reelecciones que prolongaron el gobierno de Díaz y por haber sido una dictadura: la ausencia de democracia para elegir a los gobernantes, la existencia de una forma de gobierno en la cual el poder político es ejercido por un grupo minoritario que tiene influencia en asuntos económicos, sociales y políticos conocida como oligarquía. Ésta permitía muchos beneficios a un grupo de élite, entre los que se incluían inversionistas y comerciantes extranjeros (también a los nacionales, pero éstos debían pertenecer a ciertos grupos sociales específicos para tener acceso a estos privilegios, como los hacendados, los rancheros españoles con monopolio y los latifundistas¹). Arnaldo Córdova reflexiona sobre la situación oligárquica en la que se encontraba México:

Lo significativo en el Estado oligárquico es que no hace política para la sociedad, sino que somete a la sociedad al servicio de unos cuantos privilegiados. El carácter conservador y autoritario que asume el régimen oligárquico se deriva de la composición de la misma clase dominante: por un lado, inversionistas extranjeros cuyo interés fundamental consiste en aprovechar y explotar con el máximo beneficio las riquezas naturales y humanas del país depen-

¹ Ponce, 2010, p. 68.

diente, y por otro lado, propietarios nativos a los que el poco o muy limitado desarrollo capitalista del país dicta la regla de invertir sobre todo en bienes raíces, mediando una política de rapiña y despojo que el mismo gobierno amparaba y promovía.²

De modo que todos los medios a disposición del Estado dejaban en abandono, y al grueso de la población les rechazaban la iniciativa de exigir cualquier tipo de derecho. Así, se consolidaron las clases sociales privilegiadas, por completo “alejadas de un país tremendamente desigual y diverso”.³ La riqueza se concentraba en pequeños grupos sociales. Los campesinos eran despojados de sus tierras. Los trabajadores de hacendados se veían obligados a comprar y pedir créditos en las tiendas de raya debido a los precios excesivamente altos que no podían cubrir de contado, por lo que pronto se convertían en deudores de por vida. Además, no había democracia en asuntos de política.

El Porfiriato, entonces, se caracterizó por la distinción abismal entre clases sociales. Algunos medios de comunicación compartían su visión de la situación social desde el privilegio, entre ellos está *El Mundo Ilustrado*, un semanario acompañado de ilustraciones de muy buena calidad que se convirtió en el medio de comunicación oficial sobre asuntos

² Córdova, 1977, p. 92.

³ Tenorio y Gómez, 2006, p. 12.

de Estado. Jorge Castillo y José Carlos Magaña describen cómo en el semanario se referían a las clases sociales “inferiores” de la época:

El tratamiento que los articulistas de *El Mundo Ilustrado* dan a los diferentes aspectos de la pobreza no es de denuncia o de crítica social. Transmiten más bien el pensamiento⁴ de los sectores sociales pudientes y de la clase en el poder.⁵

Es decir, como si la población ajena a la élite fuesen un objeto para observar con curiosidad. En sus inicios, *El Mundo Ilustrado* era una publicación cuyo destinatario no era el público masivo, sino familias con el mismo interés tanto por la literatura como por la moda. Se esperaba que el lector perteneciera a algún grupo social que tuviera los recursos para permitirse dedicar el tiempo y tener la cultura necesaria para observar cada apartado, cada texto y cada ilustración del semanario.⁶ La sección destable

⁴ El costumbrismo pictórico y literario se basa en la representación de las costumbres típicas de un lugar específico. Implica la observación e imitación de éstas. En la obra artística costumbrista se presenta al individuo en su “constante cambio, marcado por sus intereses de cada momento y por las coordenadas espacio-temporales de la circunstancia y del lugar en que vive” (Álvarez, 2000). No se tiene certeza de cuándo apareció el término *costumbrismo*, pero la crítica literaria señala que se usaba ya desde finales del siglo XIX.

⁵ Castillo y Magaña, 2015, p. 7.

⁶ Hellion, 2008, pp. 48-49.

del semanario era sobre ropa, moda y modales, especialmente para damas,⁷ “para describir su identidad y promover la instrucción conservadora o liberal de las damas pertenecientes a las élites económicas”.⁸

Con esto se configura la idea que proyectaba el semanario en todo su contenido respecto a las condiciones sociales, económicas y culturales que promovía el Estado durante la época del Porfiriato, es decir, la supremacía de una clase dominante imponiendo y alcanzando sus ideales a costa de las necesidades de los grupos dominados.

Sin embargo, en términos generales, se reconocen algunos aportes importantes al territorio mexicano durante el régimen porfirista como la construcción de vías férreas y de espacios arquitectónicos como el Teatro Juárez de la ciudad de Guanajuato, que en la actualidad se encuentran en uso. Debe recordarse que tales edificaciones eran exclusivas para el servicio y goce de las clases altas y no en beneficio de toda la población.

⁷ Los contenidos de la sección de moda (como la apariencia, vestimenta y comportamientos) reafirmaban la posición social que las familias de clases privilegiadas debían mantener, de tal manera que la diferencia entre las clases obreras era mucho más notoria. La sección de moda estaba dirigida a las mujeres, pero *El Mundo Ilustrado* tenía diversidad de temas para todo público, como política, noticias, literatura y publicidad de artículos diversos.

⁸ Salas y Atilano, 2020, p. 69.

El 3 de marzo de 1908, *El Imparcial* publicó una entrevista que el periodista canadiense James J. Creelman había hecho a Díaz a finales de 1907. En sus declaraciones, Díaz expresó estar convencido de que el pueblo mexicano estaba preparado para ejercer su democracia al elegir a su próximo gobernante, sin peligro de levantamientos de armas. A raíz de sus afirmaciones, se fundaron varios partidos políticos que buscaban postularse para las próximas elecciones. Sin embargo, Díaz traicionó sus propias palabras, renovando su presidencia para el periodo 1910-1916. Esta última reelección fue una de las causas que provocó el estallido de la Revolución Mexicana, liderada por Francisco I. Madero. Además, se sumó un conflicto por las injusticias y desigualdades entre la población, por la represión política, por el despojo de las tierras de los campesinos y la explotación laboral que sufrían.

Este periodo de la historia mexicana conocida como Porfiriato concluyó con la renuncia de Díaz en mayo de 1911 (seis meses después de la proclamación del Plan de San Luis, tratado escrito por Madero que desconocía la reelección de Díaz y llamaba al pueblo a levantarse en armas). Junto con su familia, Díaz viajó a Europa para pasar en Francia los últimos años de su vida.

MANUEL JOSÉ BASILIO OTHÓN VARGAS: VIDA Y OBRA

Manuel José Basilio Othón Vargas, conocido simplemente como Manuel José Othón, fue hijo de José Guadalupe Othón y de Prudencia Vargas. Nació el 14 de junio de 1858 en la ciudad de San Luis Potosí. Sus primeros años de formación tuvieron lugar en la escuela del profesor Luis G. Toro, hasta 1868. Los años de preparatoria fueron en el Seminario Conciliar, hasta 1876. A muy temprana edad comenzó a escribir poemas (desde los 15 años de edad, según señala Joaquín Peñalosa [1995]), antes de iniciar su carrera profesional. Estudió en el Instituto Científico y Literario (actualmente Universidad Autónoma de San Luis Potosí) y se recibió de abogado en 1881.

Desempeñó varios cargos en el sector público. Recién egresado de los estudios profesionales, fue nombrado director del Registro Público de la Propiedad en San Luis Potosí. En 1884, en un viaje a la capital de la República, conoció a varios escritores mexicanos reconocidos de la época. En ese mismo año fue nombrado juez de Primera Instancia en algunas ciudades de San Luis Potosí, como Cerritos y Guadalcázar. Posteriormente, se mudó a Tula, Tamaulipas, y residió allí hasta 1890. De 1891 a 1893 fue agente del Ministerio Público y profesor de Literatura en el Instituto Científico y Literario de su ciudad natal. En 1892 fue electo miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, a la edad de 34 años.

A finales de 1893, Othón se postuló para juez de Primera Instancia en Santa María del Río, San Luis Potosí, sin embargo, el puesto no le fue otorgado. Bernardo Reyes, importante militar y político durante el gobierno de Porfirio Díaz, padre del escritor Alfonso Reyes, protector y amigo de Othón, consiguió para él una comisión especial en Saltillo, a la cual renunció después de algunos meses para abrir su propio bufete de abogados en Torreón. No obstante, también abandonó el bufete por complicaciones y discusiones con un socio. Desde 1898 residió en Ciudad Lerdo, Durango.

Hacia 1900 fue electo diputado suplente del Congreso Federal del Distrito de Tonila, en Jalisco. Durante su desempeño en ese puesto tuvo la oportunidad de continuar relaciones personales con los escritores del momento. Al año siguiente, regresó a Ciudad Lerdo, donde comienza a presentar problemas del corazón y enfisema pulmonar. Los médicos recomendaron a Othón viajar a Tampico para que su organismo descansara de la altura, pero él ignoró la sugerencia. Posteriormente, emprendió un viaje de varios meses a Durango, a la Ciudad de México y a Monterrey, para después regresar a San Luis Potosí para celebrar las fiestas patrias y presentarse en algunos homenajes, como el del tercer centenario de la publicación de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra, y en espacios donde leería algunas de sus obras.

El de 10 noviembre de 1906, Othón viajaría de regreso a Ciudad Lerdo, sin embargo, su estado de salud era tan delicado que permaneció en San Luis Potosí, en la casa de su hermana María Othón. Le escribió una carta a su esposa, Josefina Jiménez (con quien contrajo matrimonio en 1883 después de varios años de noviazgo) informándole de su enfermedad. Cuando Josefina llega a San Luis Potosí, la condición de Othón mejoró un poco y dio esperanzas a los médicos, pero no se recuperó lo suficiente para resistir las fallas cardíacas y pulmonares. Así, falleció el 28 de noviembre de ese mismo año, a los 48 años de edad.

Obra literaria destacada

Manuel José Othón publicó sólo tres libros en vida: *Poesía* (1880) con cuarenta y un poemas, *Nuevas poesías* (1883) con catorce poemas, pero esta edición impresa por Bruno E. García fue destruida (salvo un ejemplar⁹), ya que Othón no pudo pagarla¹⁰

⁹ Según Coral Bracho, sólo se conserva una copia de esta edición en la biblioteca de la Casa de la Cultura de San Luis Potosí. No se conocía la existencia de tal ejemplar hasta 1947, ya que el editor difundió historias sobre la total destrucción de la edición (Bracho, 1994, p. 233).

¹⁰ Esta historia fue contada por el médico, poeta y periodista Francisco de Asís Castro, amigo muy cercano a Othón, quien destacó como impulsor de los escritores potosinos del siglo XIX.

y *Poemas rústicos* (1902) con veinticinco poemas. Además de estos libros, publicó poemas y textos en prosa en varias revistas y diarios de la época con los que colaboraba, entre ellos *El Búcaro*, *El Pensamiento*, *La Esmeralda*, *La Voz de San Luis*, *El Estandarte*, *El Contemporáneo*, *El Correo de San Luis*, *El Renacimiento* y *El Mundo Ilustrado*.

En la escritura de Othón se observan distintos géneros literarios. El primero, el más conocido y amplio, es la poesía; se contabilizan alrededor de 220 poemas. El segundo es la narrativa. Al igual que sus obras teatrales, sus cuentos y novelas no tuvieron tanto éxito como la poesía, pero algunos textos, entre ellos *Cuentos de espantos*, son considerados lo mejor de la obra de Othón por Bernardo Ortiz de Montellano, Lorenzo Turrent Rozas, Miguel Bustos Cerecedo, Manuel Pedro González y María del Carmen Millán.¹¹ El tercero son ensayos. Otras modalidades literarias que practicó Othón son obras de teatro, crónicas de viajes, artículos y la escritura epistolar. El epistolario de Othón, recopilado y transcrito por Rafael Montejano y Aguiñaga en 1999, se divide en dos secciones: las cartas dirigidas a su esposa y las enviadas a sus amigos. En una de estas cartas, Othón escribe “El himno de los bosques”, uno de los poemas más

¹¹ Esta información, como alguna otra valiosa acerca de la vida y obra de Manuel José Othón, se obtuvo de la introducción que realizó Joaquín Antonio Peñalosa para los *Cuentos completos* de Othón.

importantes del escritor potosino, junto con “Idilio salvaje” y “La noche rústica de Walpurgis”. No cabe duda de que Othón era más poeta que cuentista (y, en general, prosista), pues se contabilizan alrededor de 220 poemas contra once cuentos. Además, es en la poesía donde se refleja con mayor fuerza su estilo e inquietudes artísticas. Sin embargo, la decisión de editar algunos de los cuentos es porque, precisamente, no han tenido tanta divulgación como la poesía. Por ello considero que es indispensable explorar y reconocer esta faceta del escritor potosino, así como sus aportes a la cuentística mexicana.

DE 1902 A 2020: A 118 AÑOS
DE CUENTOS DE ESPANTOS

Othón: entre el Romanticismo y el Modernismo

Manuel José Othón se caracterizó por haber escrito más poesía que otros géneros. Si bien su poesía tiene ciertas peculiaridades, no significa que sus textos en prosa, como sus cuentos, utilicen los mismos artificios artísticos.

Los movimientos literarios Romanticismo y Modernismo son reconocibles en su poesía. María del Carmen Millán explica de manera sencilla, pero atinada, a qué se refiere cada corriente artística: “[...] mientras que éste [el Romanticismo] se apoya en una concepción sentimental del mundo, el Modernismo

sólo lo comprende a través de las sensaciones”.¹² La influencia del Modernismo se distingue en *Poemas rústicos*, una recopilación de poemas de 1890 hasta 1902. Sin embargo, el estilo de Othón evolucionó durante todo ese tiempo y mostró una postura de molestia sobre varias cualidades de tal movimiento, como “las extravagancias y las obscuridades estrambóticas”.¹³ Otro rasgo característico del Modernismo es la afición por los viajes y las lecturas de novedades francesas; mientras los contemporáneos del Othón vivían en el cosmopolitismo, “él vive encerrado en la provincia o en los campos, alejado de las inquietudes y curiosidades de su tiempo, repasando a sus clásicos”.¹⁴ En este sentido, puede interpretarse ese gesto de Othón con un tipo de rechazo hacia los movimientos literarios que predominaban en la época.

Las características propias del Romanticismo visibles en los poemas del escritor potosino son los efectos sonoros en palabras y versos, “como las aliteraciones y la repetición sostenida de consonantes de sonido fuerte. Othón comunica, no la musicalidad de la poesía, sino la fuerza de la descripción de la música”.¹⁵ Describe la música de la naturaleza percibida con procedimientos más íntimos y no modernistas.

¹² Millán, 1959, p. 127.

¹³ Millán, 1959, p. 129.

¹⁴ Millán, 1959, p. 131.

¹⁵ Millán, 1959, p. 132.

Considero que la influencia de estos movimientos atraviesa las primeras producciones de Othón porque pudo haber imitado a varios poetas representativos de la época, pero su postura nunca fue adherirse a un dogma. María del Carmen Millán señala: “Para Othón renovar significa transgredir, traicionar, y no está dispuesto a las concesiones”,¹⁶ es decir, para él sí era importante conocer los movimientos literarios, pero no someterse a sus lineamientos, sólo aprender algo de ellos y continuar explorando distintos senderos literarios. De tal modo, construyó un estilo propio combinando características de ambos: modernismo y romanticismo.

La vena poética de Othón se cuele en sus textos en prosa. Así, toda su obra es una admiración hacia el paisaje mexicano, debido al contacto íntimo con la fuente de inspiración durante su estancia en pueblos pequeños: la naturaleza. El escritor potosino evoca los paisajes de modo que es posible reconocer la grandeza de los bosques, las montañas y la existencia humana ante tal inmensidad natural. Othón plasma en la escritura su habilidad de describir y sentir la naturaleza, de manera que el sujeto que interactúa con los espacios naturales llega a ensimismarse en ellos. Esta situación ocurre en el cuento “Encuentro pavoroso”:

¹⁶ Millán, 1959, p. 129.

El gozo, el gozo inefable e inmenso de la contemplación iba penetrando en mi espíritu a la vez que el aire fresco y perfumado de la selva hinchaba mis pulmones. Aun olvidé por completo los asuntos, arduos y graves por demás, que ocasionaban aquellos viajes por comarcas casi deshabitadas y salvajes, y hasta olvidé también el mozo que debía regresar y darme alcance.

Este fragmento es un breve ejemplo de cómo el paisaje tiene un fuerte peso en la narración. En este caso, el campo nocturno, con sus luces y sombras, su humedad y frescor, inciden en un sentimiento de quietud. No sólo funciona como fondo para ambientar los acontecimientos, sino que tiene fuertes repercusiones y consecuencias en el desenvolvimiento del protagonista.

Primera aparición de Cuentos de espantos

El Mundo Ilustrado fue un periódico semanal de la ciudad de Puebla, creado por Rafael Reyes Spíndola, el iniciador del periodismo moderno en México. Fue fundado en octubre de 1894, cuando su nombre original era *El Mundo Semanario Ilustrado*. En 1895, el equipo del periódico se mudó a la Ciudad de México. A partir de entonces, la calidad del papel fue mejor y se ampliaron las secciones, ofreciendo variedad de contenidos. *El Mundo Ilustrado* fue un

medio importante de la prensa burguesa porfirista, que se convirtió en el primer periódico con impresiones de excelente calidad que complementaban los textos. Además, representó un espacio para dar a conocer a ilustradores poco conocidos y para difundir literatura de escritores nacionales e internacionales reconocidos. En el caso de Manuel José Othón, sus colaboraciones con el semanario fueron el poema “La noche rústica de Walpurgis”, publicado el 23 de mayo de 1897, y tres cuentos —“Encuentro pavoroso”, “Coro de brujas” y “El nahual (?)”— bajo el nombre de *Cuentos de espantos*, publicados por entregas¹⁷ durante abril y mayo de 1903.

El primer relato, “Encuentro pavoroso”, fue publicado el 26 de abril de 1903 en una única entrega, acompañado de tres ilustraciones y una fotografía del propio Othón, que se lee al pie de foto: “Manuel J. Othón, Eximio Literario”, sin crédito del autor de la fotografía. La historia trata de un hombre que emprende un viaje hacia un pueblo cercano al caer la noche en la compañía de su mozo. Desgraciadamente, este último ha olvidado documentos importantes para su jefe, por lo que vuelve a su pueblo de origen.

¹⁷ Es decir, en secciones separadas para cada semana de publicación hasta el fin de los relatos. El hecho de que los cuentos hayan sido publicados por entregas es sumamente importante, pues condiciona la estructura de la narración. El autor debió ser muy cuidadoso para incluir en cada entrega una parte justa de la totalidad del cuento y alcanzar a transmitir incertidumbre y curiosidad para enganchar al lector.

El hombre continúa el camino. Posteriormente se encuentra con un espectro. Después de librarse de la criatura, la duda lo invade y, enfrentándose a la superstición, emprende un segundo viaje: la búsqueda por una explicación racional.

Los personajes se dividen en dos grupos: personajes primarios, conformado por el narrador y protagonista del cuento, quien se muestra como una persona que ha recibido estudios profesionales, presuntamente de Leyes; personajes secundarios, que comprende a los siervos y aldeanos trabajadores del campo, que no creen mucho en la ciencia, pero se dejan llevar por las historias populares y las supersticiones. Aunque no hay descripciones físicas del narrador, en *El Mundo Ilustrado*, es posible conocer, por medio de las imágenes, al protagonista como un hombre perteneciente a alguna clase alta, pues su vestimenta es un traje y sombrero elegante. De esta forma, ambos discursos (gráfico y literario) se complementan. Los otros personajes, en cambio, aparecen con vestiduras de manta y sombreros de paja, apropiados para trabajar muchas horas en el campo bajo los rayos del sol. La representación visual sobre los personajes resulta ser una manera de indicar la diferencia entre la persona culta bien vestida y la iletrada de ropas modestas.

El siguiente cuento es “Coro de brujas”, publicado en dos entregas: la primera entrega se compone de dos secciones y media, en el semanario del 3 de mayo de 1903, acompañadas de dos ilustraciones; la

segunda entrega contiene el resto de la tercera sección y una última, del 10 de mayo de 1903, con dos ilustraciones más. En la historia, se presenta a la encargada de Noria del Águila, doña Francisca, quien, además de administrar la hacienda, realiza trabajos para curar a las personas de distintos males y enfermedades físicas sin hacer uso de la medicina alopática. Uno de los empleados de tan peculiar mujer es don Carpio. Éste, encargado de los sembradíos de la hacienda, es perseguido por las brujas por haber concluido la relación que sostuvo con una joven del pueblo. La angustia lo consume, por lo que el narrador decide ayudarlo a descubrir los secretos detrás del hechizo que le han lanzado.

Los vestuarios de los personajes concuerdan con la descripción de aquellos del relato anterior; incluso, en esta ocasión, el lenguaje delata al grupo social al que cada individuo pertenece. El narrador remarca la diferencia entre su lenguaje y con el que se expresan los aldeanos: uno de los diálogos textuales de un individuo es: “—Nada, señor, nadita; y ya cuando llega la noche me entra aquella ‘pinsión’ y aquel ‘susidio’, que no me dejan”, señala entre comillas para indicar la manera en la que esas palabras son propias de los aldeanos y con las que él no se identifica. Al mismo tiempo, no es posible arrancar la superstición de la vida cotidiana ante la que se hinca este grupo social.

El tercer y último cuento de esta colección es “El nahual (?)”, publicado en dos entregas —al

igual que el texto anterior—, el 17 de mayo, poco más de la mitad del relato, con dos ilustraciones, y el 24 de mayo de 1903 la conclusión, acompañado también por dos bellas ilustraciones. Una vez más, la historia es relatada por un hombre perteneciente a alguna clase alta, quien cabalgaba en compañía de su mozo cerca de un rancho mientras buscaba a un grupo de ganado. Después de una larga jornada de búsqueda, el hombre reposa bajo la sombra de un árbol, ya cuando sus compañeros se han retirado del lugar. Repentinamente, un coyote que había robado una gallina del rancho irrumpió la tranquilidad del espacio. Lo persiguió, y cuando creyó dar con él, era un hombre y no un animal. La idea de que la criatura se transformara de animal a humano era difícil de aceptar pero, asimismo, difícil de refutar. Los mozos y los empleados de la hacienda creían en la leyenda de la criatura a la que llamaban *nahual*.

Cuentos de espantos *como unidad*

La forma en la que propongo leer el grupo de cuentos es como un relato compuesto por tres experiencias pararracionales, unidos mediante lugares comunes y un mismo narrador que hace referencias directas de los tres relatos, y cuyo mensaje de oposición y rechazo ante la subordinación de los pueblerinos a la superstición se revela sutilmente hacia el final de “Coro de brujas”.

La estructura que guía el relato es la misma en los tres cuentos. Cada uno está dividido en cuatro secciones. La primera sirve para situar al lector en un espacio determinado y describe brevemente a los personajes y las condiciones geográficas del escenario, indicando algunas de las posibles causas del problema que avecina. En “Coro de brujas”, el narrador da cuenta de uno de los trabajadores de Noria del Águila: don Carpio, un hombre convencido de que los métodos inexactos pueden predecir los beneficios meteorológicos para la cosecha, e influenciado por el pensamiento de doña Francisca, curandera por antonomasia y protectora de maleficios. Ello quiere decir que don Carpio padecerá los efectos de la superstición por tan ciega y total creencia en artes que no se ajustan a un pensamiento racional, como la adivinación y la curandería.

La segunda sección de los relatos es cuando se presenta el problema que perturba la paz de los personajes. La criatura (espectro, brujas y nahual) irrumpe abruptamente en la tranquilidad que transmitía la naturaleza y la cotidianidad de los espacios pueblerinos. El coyote, en el cuento “El nahual (?)”, aparece repentinamente frente al narrador y, con una gallina recién robada en el hocico, emprende su escape triunfal. Tras una larga persecución, el narrador encuentra a un anciano cuando debió aprehender a un animal y comienza un proceso en la mente del protagonista, el cual consiste en encontrar una explicación lógica del evento.

La tercera sección es cuando emerge la necesidad de confirmar y refutar la aparición de tales criaturas. En el cuento “Encuentro pavoroso”, el personaje narrador continúa su camino después de toparse con una criatura extra-natural que irrumpe en el mundo natural-real (característica de la literatura fantástica): el espectro. Aunque intenta racionalizar lo sucedido, su semblante y mente se ven atormentadas por el miedo, debido a la ruptura de fronteras entre el mundo real y el irreal. No obstante, Dolores López Martín opina que el cuento decimonónico fantástico busca racionalizar el temor ante lo desconocido antinatural y “testimoniar el problema de la crisis de la espiritualidad y la crisis intelectual del siglo XIX”,¹⁸ al contrario de lo fantástico que Howard Phillips Lovecraft o Roger Caillois proponen. Afortunadamente, para la sobrevivencia un nuevo encuentro ocurre, pero esta vez con campesinos que han podido darle razón de aquella criatura fantasmagórica. En el caso de este relato, la superstición ha podido ser refutada gracias al testimonio de un grupo de hombres que tuvieron acceso directo a fuentes verídicas del acontecimiento.

La cuarta y última sección es cuando se conocen las consecuencias de la superstición. En los tres relatos hay un momento de revelación en los que se descubren todas las versiones que explican la realidad detrás de las supersticiones.

¹⁸ López, 2007, p. 44.

La estructura narrativa empleada en todos los cuentos logra que la tensión suba de nivel gradualmente, de modo que el lector pueda presenciar, junto con el narrador, la incertidumbre de la experiencia sobrenatural y que, al final, junto con el suspiro de alivio, se disipe la angustia acumulada. Incluso, el hecho de ser un relato por entregas (especialmente, el segundo y tercer cuento) sostiene la tensión y la curiosidad en el lector, en tiempo real, al menos una semana hasta la publicación del nuevo semanario.

Los espacios que se pueden ver constantes en los tres relatos son los ambientes bucólicos, es decir rurales y campesinos, así como personajes propios de esos contextos, cuyo lenguaje también se ve reflejado en la escritura de Manuel José Othón. En los relatos, se considera ese lenguaje como perteneciente a los campesinos, pues el narrador recita algunas palabras entre comillas, como un vocablo ajeno a su realidad lingüística: “Los bajos de la montaña envolvíanse en el caliginoso vapor del ‘calmazo’, que así llaman a la calina por aquellas tierras”. En cambio, cuando los propios aldeanos son quienes enuncian aquellas palabras, las comillas no se presentan, ni ningún otro tipo de marca tipográfica, y el autor deja fluir naturalmente el léxico a quien le corresponde:

—Sí, señor; y todos los días se lleva una o, con perdón de su mercé, un puerquito, de modo que ya no tenemos vida. Ni los perros, ni balazos que le avien-

tan los hombres, pueden espantarlo, pos siempre le jierran y los perros se cansan y le tienen miedo.

En ese sentido, los cuentos tienen realismo por el efecto de oralidad.

La expresión del paisaje es un elemento muy marcado en la obra del potosino. Manuel Pedro González declara a propósito de los paisajes:

No cabe duda de que Othón era, por definición, un gran poeta de la naturaleza, y la mejor prueba de ello son estos cuentos, cuyo interés y valía estética acrecen en la misma proporción en que el autor ha logrado asociar el paisaje a su narración.

Precisamente, el paisaje es el punto de encuentro entre los tres relatos. En “Encuentro pavoroso”, ante la inmensidad del sendero nocturno, el narrador describe el campo como un lugar triste. Asimismo, en “El nahual (?)”, mientras descansaba bajo el árbol, repite en palabras esa concepción de la naturaleza: “Ya he dicho en otra vez [en “Encuentro pavoroso”] que el campo es triste, siempre triste”. Además, “Coro de brujas” está relacionado con ambos cuentos con el adelanto que ofrece el narrador hacia el final de tal cuento: “si Dios me concede vida y humor, pueda referir la ocasión y manera en que yo mismo me hice ‘nahual’, después de cursar todas las asignaturas correspondientes, hasta alcanzar el grado en tan importante profesión”. La cita anterior

no representa una referencia directa a los acontecimientos que ocurrirán en el último cuento, pero el hecho de que use la palabra *nahual* para referirse a que se convirtió (como lo hacen las personas con la habilidad de transformarse de humano a algún animal, o sea los nahuales) a un abogado hecho y derecho. Asimismo, el hecho de que sea abogado en los tres cuentos también da a pensar que se trata de un mismo personaje en distintas situaciones.

El narrador deja entrever su posicionamiento ante las creencias irracionales, como lo son las supersticiones de los pueblerinos. Cabe recordar que el narrador es el mismo en todos los relatos y que la postura es más evidente en el segundo cuento, cuando evita decir cosas explícitas sobre las personas que siguen creyendo en las supersticiones, a pesar de tener las pruebas. En los otros relatos insiste en quitarle la superstición al mozo, pero éste cree demasiado en la aparición del espectro que muere. En el último cuento, mientras todos ya se dieron por vencidos en la búsqueda del hombre-coyote, el narrador insiste en seguir buscando, pues se convierte en necesidad vital conocer la verdad, sea cual sea. Finalmente, nadie está exento de sucumbir a la superstición, por ello cede por diminutos momentos durante los tres relatos. Con base en los indicios señalados, *Cuentos de espantos* pueden leerse como como tres experiencias de un mismo narrador, sin embargo, cabe mencionar que cada relato es independiente y autoconclusivo.

A modo de conclusión, los elementos que proporcionan la narrativa de Othón posibilitan disfrutar los cuentos desde distintos niveles: la poesía en los paisajes no sólo describe el campo en toda su extensión, sino que evoca sentimientos de tristeza, nostalgia y reflexión sobre la estancia humana en el plano terrenal; la tensión se mantiene durante todo el relato hasta el final, cuando se resuelve el misterio, de modo que invita al lector a presenciar los acontecimientos como un partícipe más de la experiencia sobrenatural; y sin olvidar que *Cuentos de espantos* apareció por primera vez en *El Mundo Ilustrado*, Othón da cuenta de una concepción de los espacios rurales y de su gente, no sólo en imagen, sino también en habla y en su pensamiento. Joaquín Peñalosa argumenta acerca de la narrativa de Othón:

[Luce, en efecto] por la descripción del paisaje, por reflejar el alma y las costumbres del campo, por la propiedad con la que transcribe el habla popular, por conservarnos ‘mexicanismos de la época’, por transmitir tradiciones y formas culturales de finales del siglo pasado [este texto es de 1995, por lo que, se refiere a finales del siglo XIX], por la prosa que en determinados momentos brilla fácil y bella.

El cuento literario, dice José Emilio Pacheco, es novísimo, y “Othón es uno de sus fundadores a partir de la leyenda, el relato de viajes y el cuadro de

costumbres”,¹⁹ por lo que la narrativa del potosino merece ser recuperada, apreciada, pero sobre todo difundida. Y esto, justamente, es lo que nos proponemos con esta edición de Colección Lecturas Valenciana.

REFERENCIAS

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2000). “Acreditar el costumbrismo”. *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*. España: ESPASA. Recuperado de https://www.insula.es/sites/default/files/articulos_muestra/INSULA%20637.htm.
- BRACHO, Coral (1994). Reseña de *Poemas rústicos*, de Manuel José Othón (ed., introd. y notas de Joaquín Antonio Peñalosa, editado por la Universidad Veracruzana, Clásicos Mexicanos 3, 1990) *Literatura mexicana*, vol. 1, núm. 1, pp. 232-238.
- CASTILLO, Jorge I., y José Carlos Magaña Toledano (2015). *El mundo marginal en la prensa gráfica porfiriana: los pobres de la Ciudad de México en El Mundo Ilustrado*. México: Universidad Autónoma de Yucatán. Recuperado de http://www.antropologia.uady.mx/ca/historia_memoria/pdf/2Elmundomarginalprensgraficaporfiriana.pdf.

¹⁹ Pacheco, 1998, s/p.

- CÓRDOVA, Arnaldo (1977). “México: revolución burguesa y política de masas”. *Cuadernos Políticos*, núm. 13, pp. 85-101.
- GONZÁLEZ, Manuel Pedro (1935). *Algunas influencias perceptibles en la obra de Manuel José Othón*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.
- HELLION, Denise (2008). *Exposición permanente: anuncios y anunciantes en El Mundo Ilustrado*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia / Universidad Autónoma Metropolitana.
- LÓPEZ MARTÍN, Dolores (2007). “El espiritismo, la parapsicología y el cuento fantástico hispanoamericano del siglo XIX”. *Revista Arrabal*, núm. 5, pp. 39-46.
- MILLÁN, María del Carmen (1959). “El modernismo en Othón”. *Revista Iberoamericana*, vol. XXIV, núm. 47, pp. 127-134.
- MONTEJANO Y AGUIÑAGA, Rafael (2001). *Manuel José Othón y su ambiente*. México: Editorial Universitaria Potosina.
- OTHÓN, Manuel José (1903). “Cuentos de espantos”. *El Mundo Ilustrado*, 26 de abril, 3 de mayo, 10 de mayo, 17 de mayo y 24 de mayo, Ciudad de México.
- (1999). *Epistolario*. Introd. Rafael Montejano y Aguiñaga. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- (1985). *Poesías y cuentos*. Introd. Antonio Castro Leal. México: Editorial Porrúa.

- PACHECO, José Emilio (1998). “Othón en el desierto”. *La Jornada Semanal de La Jornada*, Ciudad de México. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/1998/06/14/sem-emilio.html>.
- PEÑALOSA, Joaquín Antonio (1995). “Introducción” y “Comentario de los cuentos”. En *Cuentos completos* (pp. 6-92). México: Editorial Universitaria Potosina.
- PONCE ALCOCER, María Eugenia (2010). “El *habitus* del hacenado”. En *Historia y Grafía* (pp. 51-91). México: Universidad Iberoamericana.
- SALAS ZAMUDIO, Salvador y Ruth Yolanda Atilano Villegas (2020). “Fotografía porfiriana: la intencionalidad y la mirada en la revista *El Mundo Ilustrado*”. *Magotzi. Boletín Científico de Artes del IA*, vol. 8, núm. 15, pp. 63-70.
- TENORIO TRILLO, Mauricio y Aurora Gómez Galvarriato (2006). *El Porfiriato*. México: Fondo de Cultura Económica.

CUENTOS DE ESPANTOS



*Sr. Lic. don José López-Portillo y Rojas:*¹

*A usted, mi querido Pepe, consagro la sencillísima
narración de estos tres sucesidos, en público testimonio
de lo que admiro su elevado talento y su gran corazón,
y como una prenda del imperecedero cariño
y la profunda simpatía que a usted me ligan.*

¹ Escritor y político mexicano. Fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua al igual que Othón. Se desempeñó en la política como diputado y senador en su ciudad natal: Guadalajara. Ocupó el cargo de gobernador de Jalisco de 1912 a 1914. Después fue secretario de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Victoriano Huerta. Las diferencias entre ambos desembocaron en una fuerte enemistad. Posteriormente, José López-Portillo y Rojas se retiró de la política para dedicarse a la enseñanza y la literatura, siendo algunas de sus obras más conocidas *La parcela* (1898), *Los precursores* (1909) y *Fuertes y débiles* (1919).

ENCUENTRO PAVOROSO¹

I

De esto hace ya bastantes años. Encontrábame en una aldea muy antigua de la zona litoral del Golfo.² Tenía que regresar a la ciudad de mi residencia y emprender una jornada de muchas leguas.³ Abril tocaba a su fin y el calor era insoportable, por lo que decidí hacer la caminata de noche, pues de otra manera me exponía a un espasmo o a una insolación. Ocupé la tarde en los preparativos consiguientes y, llegadas las nueve de la noche, monté sobre una podero-

¹ Publicado por primera vez el 26 de abril de 1903, en *El Mundo Ilustrado*.

² Se refiere a alguna población costera del Golfo de México.

³ Una legua es una antigua unidad de longitud que indica la distancia que un individuo puede recorrer durante una hora, ya sea a pie o a caballo. Esta medida varía mucho, dependiendo de la zona, pero equivale de cuatro a siete kilómetros. Los personajes se trasladan mediante cabalgaduras, apesar de ello los traslados son largos.



sa mula baya⁴ y, acompañado de un mozo de estribo,⁵ atravesé las calles de la villa, encontrándonos, a poco andar, en pleno campo.

La noche era espléndida. Acababa de salir la luna llena, pura y tranquila, envuelta en un azul diáfano, como si estuviera empapada en las olas del Atlántico, de donde surgía. Los bajos de la montaña envolvíanse en el caliginoso⁶ vapor del “calmazo”, que así llaman a

⁴ Mezcla de burro y yegua. Baya se refiere al color blanco amarillento de su pelo.

⁵ Muchacho que se encarga de cuidar los caballos y sus arreos en una caballeriza.

⁶ Nebuloso, turbio o tenebroso.

la calina⁷ por aquellas tierras. El cielo estaba resplandeciente, como si una bóveda de cristal y plata fuera. Desde la salida del pueblo el camino se marcaba vigorosamente al borde pedregoso y áspero de un acantilado, a cuyo pie, por el lado izquierdo, rodaba el río entre guijas⁸ y peñascales, con un rumor a veces como el de un rezo, a veces como el de una carcajada. A la derecha se extendía la muralla movable y verdinegra de un inmenso bosque. De manera que la senda, muy angosta, corría, corría y se prolongaba entre el acantilado del río y la cortina del follaje.

Buen trecho del camino habíamos recorrido, cuando mi acompañante me advirtió haber olvidado un tubo de hojalata que contenía papeles, para mí de la mayor importancia. Le obligué a regresar, lo cual hizo volviendo grupas⁹ y, disparado a carrera tendida, bien pronto se perdió su figura entre la claridad de la noche y el ruido de los cascotes entre el murmurio¹⁰ del río y el rumor de los árboles.

Seguí hacia adelante, paso a paso, con objeto de que el mozo me alcanzara en breve tiempo. La brisa

⁷ Bruma o niebla muy tenue que enturbia ligeramente el ambiente, especialmente en épocas calurosas.

⁸ Piedras lisas y pequeñas que se encuentra en las orillas y cauces de los ríos y arroyos.

⁹ Se llama grupa a la parte posterior y superior del cuarto trasero del caballo, conocida también como cadera o anca. Aquí se refiere a voltear el caballo y regresar.

¹⁰ Ruido seguido y confuso de voces o de otras cosas.

que soplaba desde el mar llegó a refrescar la caliente atmósfera, barriendo los sutiles vapores del calmazo y dejando contemplar el paisaje hasta las más profundas lejanías, todo envuelto en la inmensa ola de aquella noche tropical y divina.

Yo estoy habituado a la soledad de los campos, en las montañas, en los bosques y en las llanuras. He pasado muchas noches en una choza, debajo de un árbol, de un peñasco o a la intemperie absolutamente, sin más compañía que la de mis pensamientos. Así es que aquella soledad era para mí muy grata, pues estaba plenamente inundado en la augusta y serena majestad de la naturaleza. Nada de medroso¹¹ había en torno mío y ningún temor, por consiguiente, me asaltaba. El gozo, el gozo inefable e inmenso de la contemplación iba penetrando en mi espíritu a la vez que el aire fresco y perfumado de la selva hinchaba mis pulmones. Aun olvidé por completo los asuntos, arduos y graves por demás, que ocasionaban aquellos viajes por comarcas casi deshabitadas y salvajes, y hasta olvidé también al mozo que debía regresar y darme alcance. Como caminaba tan despacio, no había recorrido cuatro leguas a pesar de tres horas transcurridas. Media noche era por filo y el lucero brotaba cintilante y radioso¹² tras el vago perfil de la lejana cordillera, blanco, enorme y deslumbrador como otra luna.

¹¹ Que infunde o causa miedo.

¹² Que brilla e irradia rayos de luz.

Todo era luz y blancura en aquella noche del trópico. Los peñascos aparecían semejantes a bloques de plata, y las frondas, los matorrales y la maleza misma temblaban como nervios de cristal, vibrantes y sonoros. El río era un chorro de claridad y sus espumas relampagueaban como un lampo,¹³ heridas por la mirada luminosa que el firmamento incrustaba en ellas, desde su alcázar¹⁴ de diamante.

II

Mi cabalgadura seguía al paso, ya hundiendo los cascos en el polvo de la senda, ya aferrándose sobre las duras peñas del cantil.¹⁵ La mula era mansa y obediente al más ligero estímulo de la rienda o de la espuela. Caminaba, caminaba sin reparo y sin tropiezo, con el cuello flácido y la cabeza inclinada. Prolongábase el sendero más y más, blanqueando a lo lejos y torciéndose, plegándose a las ondulaciones del bosque y los cantiles y a las quebraduras del terreno. Yo me había abstraído tan hondamente en el pasmo contemplativo de la meditación, que estaba ya en ese punto en que a fuerza de pensar, en nada pensamos. Poco a poco una dulce tristeza me envol-

¹³ Resplandor o brillo pronto y fugaz, como el de un relámpago.

¹⁴ Fortaleza.

¹⁵ Borde de un despeñadero.

vía, porque el campo es triste, aún en las horas en que mayor vida rebosa.

De repente levantó mi caballería la cabeza, irguió las orejas, arqueó el cuello, y resoplado por la nariz, dilatado el belfo¹⁶ y los ojos fijos en un punto frontero, intentó detenerse. Rápidamente volví sobre mí, inquiriendo la causa de aquel accidente. Con la vista recorrí toda la extensión que me rodeaba. Estoy acostumbrado a ver larguísimas distancias y la noche no es un obstáculo para que pueda distinguir un objeto lejano sin más claridad que la de las estrellas. Nada extraño descubrieron mis ojos. Castigué a la acémila¹⁷ con el látigo y la espuela, y el animal, resentido al castigo, continuó al instante su camino. Imaginé que habría advertido la presencia de alguna víbora que atravesara el sendero y no di la menor importancia a aquel tropiezo.

Seguí sin detenerme; pero, a medida que avanzaba, el animal mostrábase inquieto y receloso. Pocos minutos transcurrieron, cuando, por segunda vez, pero de una manera más acentuada, paróse la mula olfateando el aire con la nariz hinchada y erectas hacia adelante las desmesuradas orejas. Empecé a inquietarme, pero sin llegar a la alarma. Fustigué vigorosamente a la bestia y obliguéla a tomar de nuevo su andadura. Con más detenimiento y cuidado

¹⁶ Cada uno de los labios del caballo y otros similares.

¹⁷ La mula.

examiné la senda, el bosque, hasta donde la mirada podía penetrar, y el fondo del barranco por donde el río se deslizaba. Inútil fue también aquella segunda inquisición. Afianzado ya en los estribos, enderecé la marcha, confiado y resuelto, hacia el punto que era objeto de mi viaje.

Hasta entonces había logrado que la mula obedeciera; mas sobrevino una tercera detención, y entonces, el espanto que se apoderó de la cabalgadura empezó a transmitirse a mis nervios. Ya el azote, la rienda y las espuelas hincadas despiadadamente en los ijares¹⁸ fueron inútiles.

Con los remos abiertos y queriendo devolverse o lanzarse al bosque, la bestia se rebelaba contra todos mis esfuerzos por encaminarla de frente. Entonces, y de improviso, el miedo, el miedo horrible me invadió. Sentí culebrear el terror por todos mis miembros, pues una idea terrorífica asaltó mi pensamiento, y la angustia indefinible me apretó el corazón como una tenaza férrea. Sí, era indudable; no podía ser otra cosa: ¡El tigre!, el sanguinario huésped de las selvas de “tierra caliente” me acechaba sin duda, y yo estaba solo, completamente solo, en el desierto de los campos, pues el ausente no daba señal alguna de su regreso. Grité a grito herido, por una, dos, veinte veces. Ni tan siquiera el eco con-

¹⁸ Cada una de las dos cavidades colocadas de forma simétrica entre las costillas falsas y los huesos de las caderas, donde se encajan las espuelas.

testaba a mi voz. En aquel conflicto pensé instantáneamente que debía dominarme, que importaba recobrar mi sangre fría para encontrar un medio cualquiera de salvación.

Con un supremo esfuerzo logré aquietar mi espíritu y calmar la tensión de mis nervios. No llevaba conmigo más armas que un revólver y un cuchillo de monte, inútiles en un combate con el poderoso felino. Las apercibí, sin embargo, para usar de ellas rápidamente, y procuré orientarme a fin de seguir el mejor camino, en caso de poder emprender la fuga. Pero de pronto, ya con calma, eché de ver que la mula pugnaba por internarse en el bosque y esto me devolvió completamente el valor perdido, pues en caso de que la fiera me acechara, debía estar precisamente en el bosque, oculta entre las malezas, y en tal caso, el instinto de mi cabalgadura le habría indicado tomar otro sendero. Además, en el camino que se extendía ante mí, a una distancia muy larga y que se descubría del todo, no había cosa alguna que semejara jaguar o pantera, que son los dos animales feroces a quienes los naturales de aquellas comarcas dan el nombre de tigre.

Entre tanto, la mula se había calmado también un poco, más bien agotada por el miedo y el terrible castigo que yo le seguía imponiendo sin misericordia, que porque hubiera presentido la ausencia del peligro. Éste continuaba, pues ni por un momento dejó mi pobre bestia de olfatear el aire, lanzando entrecortados resoplidos. Luego de allí, de la prolongada vereda, venía el peligro. ¿Qué podría ser?

La proximidad del hombre no espanta a ninguna clase de andaduras, por más que la presienta desde muy lejos. El movimiento que hacen en presencia de la serpiente no tiene nada de común con aquellas muestras de terror sumo que aún duraban en mi espantado animal, rebelde todavía a continuar la marcha. Confuso y pasmado, buscaba yo cuál podría ser el objeto que en tan penoso trance me pusiera; cuando a lo lejos...

III

Allá, de un recodo del camino, surgió de pronto una figura que, aunque avivó de súbito el terror de mi acémila, vino a infundirme un rayo de consuelo, devolviendo del todo la tranquilidad a mi ya fatigado espíritu. Era un animal, al parecer asno o caballo, de color negro, que la blancura de la noche hacía más negro aún. Sobre él, a horcajadas,¹⁹ sosteníase un hombre vestido de pardo. Estaba el grupo todavía muy lejos para poder apreciar otros detalles; mas desde luego aquello era un hombre y yo no estaba ya solo en el monte. Me ayudaría, sin duda, a salir de aquel conflicto y ambos investigaríamos la causa de tan grande susto.

¹⁹ Dicho de montar, cabalgar o sentarse.

Pero lo extraño, lo inaudito y que para mí no tenía explicación, era que, a medida que se acercaba aquel a quien yo veía como un salvador, mi malhadada cabalgadura se estremecía e impacientaba por huir. Sin embargo, transcurrido el periodo álgido, yo podía refrenar aquellos desaforados ímpetus. Soy un jinete medianamente diestro y me impuse al animal casi gobernándolo por completo.

En tanto, el otro jinete iba acercándose, acercándose paso a paso, muy lentamente, como quien no tiene prisa de llegar a parte alguna. Por la andadura conocí que venía montado sobre un asno, al que no estimulaba para que avivara el paso, dejándolo caminar a toda su voluntad y talante.

El lugar donde me encontraba detenido era un sitio más amplio que el resto de la vereda, pues allí precisamente empezaba a ensanchar el camino, en virtud de que los acantilados se iban deprimiendo paulatinamente, formando sobre el río macizo talud de piedra. Ya mi taciturno compañero estaba cerca y pude distinguir que no traía sombrero y sí solamente un “paliacate” ceñido a la cabeza. Quise adelantarme a su encuentro; espoleé, herí las ancas de la cabalgadura, que resistíase de todo punto, y sólo conseguí acercarla a la vera de la espesura, donde los árboles formaban un claro. En esa posición esperé, siempre con el revólver apercebido, pues no me parecía de más precaverme.

Cierto malestar, empero, una especie de ansiedad aguda, me oprimía el pecho, pues, a pesar de

todo, aún de la próxima compañía de aquel viajero, encontrábame en presencia de algo desconocido, de algo raro, y yo presentía que un acontecimiento extraordinario estaba pronto a sacudir mi ánimo hasta en lo más profundo.

Ya sólo unos cuantos pasos nos separaban. Ansioso por dar fin a tan extraña situación, hice un supremo y vigoroso esfuerzo, levanté las riendas, hincué la espuela y sacudí el azote, todo a un tiempo, y la mula se lanzó desesperadamente hacia el perezoso grupo, deteniéndose de improviso a unos tres o cuatro metros de distancia. El negro animal, con esa particularidad de los de su ralea, se acercó afanosamente al mío, hasta quedar frente a frente los dos y yo con el jinete.

Brusco, terrible, hondísimo fue el sacudimiento que estuvo a punto de reventar los más vigorosos resortes de mi organismo. Un solo instante, pero tan rápido como una puñalada o la fulminación del rayo que destrozan y aniquilan; un sólo instante clavé los ojos en aquella faz que ante mí relievaba²⁰ sus contornos de un plasticismo brutal y espantable hasta el espasmo del horror. Y en ese instante lúgubre no hubo línea, detalle ni sombra que no se incrustaran profundamente en lo más escabroso y recóndito de mi ser.

²⁰ Dar relieve.

Era un rostro lívido, cárdeno,²¹ al que la inmensa luz lunar prestaba matices azules y verdes, casi fosforescentes. Eran unos ojos abiertos y fijos, fijos, fijos, sobre un solo punto invariable, y aquel punto en tal instante eran los míos, más abiertos aún, tan abiertos como el abismo, que traga tinieblas y tinieblas sin llenarse jamás. Eran unos ojos que fosforescían, opacos y brillantes a un tiempo mismo, como un vidrio verde. Era una nariz rígida y afilada, semejante al filo de un cuchillo. De sus poros colgaban coágulos sangrientos, detenidos sobre escaso e hirsuto²² bigote, que sombreaba labios delgadísimos y apretados. Eran unas mandíbulas donde la piel se restiraba tensa y manchada de pelos ásperos y tiesos; y del lienzo que ceñía la frente se escapaba hacia arriba un penacho de greñas que el viento de la noche azotaba macabramente.

Debajo de aquel rostro lóbrego y trágico a la vez, un tronco enhiesto y duro dejaba caer los brazos como dos látigos, sobre las piernas dislocadas. Del extremo de aquellos látigos, envueltos en manta gris, surgían dos manos que se encogían desesperadamente, cual si apretaran asidas alguna invisible sombra. Y todo aquel conjunto era un espectro, un espectro palpable y real, con cuerpo y forma, destacado inmensamente sobre la divina claridad del horizonte.

²¹ Amoratado o renegrido.

²² Aspero, duro y tieso.



¿Cómo pude resistir tal aparición? ¿Cómo logré sobreponerme a mis terrores y dominar la debilidad de mis nervios tan trabajados por las repetidas y tremendas emociones de aquella noche?

¿Cómo alcancé, por último, a conservar un punto de lucidez y desviarme de tan horrenda larva, lanzando mi cabalgadura, como quien se lanza hacia el vértigo, por entre las intrincadas sendas del bosque, para ir después a tomar de nuevo el camino que mi instinto solamente me señalaba? Lo ignoro todavía. Sólo sé que al cabo de algún tiempo pude orientarme hacia el sendero antes seguido, y ya sobre él proseguí la marcha, como a través de un sueño.

Como a través de un sueño proseguía, que todo en derredor tomaba los tintes y el aspecto de las cosas

entrevistas cuando soñamos. Pero la realidad se imponía tiránicamente a mis sentidos, y en vano me figuraba estar bajo el aterrador influjo de una pesadilla.

Galopaba, corría frenético por el blanco sendero que otra vez tomara al salir de la selva. El viento me azotaba el rostro, mis oídos zumbaban y una especie de vértigo me impelía. Pero la misma frescura de la noche y aquel furioso galopar fueron parte a calmar mi excitación. El perfume acre y resinoso que venía arropado en el aliento de la montaña, al penetrar en mi pecho, ensanchó mi ánimo a la par que mis pulmones. Ya la aparición iba separándose de mí, no la distancia ni el espacio transcurrido; veíala en mi mente como a través de muchas leguas y de muchos años.

Al cabo de algunos momentos fuese aflojando la carrera y yo no procuraba ya excitarla. Atrevíme primero una, luego dos, por último repetidas ocasiones, a volver atrás la cabeza y hundir la mirada en el espacio luminoso. Nada. La soledad que se extendía, que se dilataba en mi derredor por todas partes. Aquel volver atrás los ojos llegó a ser una obsesión dolorosa que habría continuado distendiendo mis nervios de nueva cuenta, a no haber percibido de lejos voces humanas, cuyo rumor mágico acarició mis oídos como una celeste música, pues había llegado casi a perder la noción de la humanidad, y pienso que sentí lo que el náufrago confinado a una isla desierta que después de mucho tiempo logra volver a ver a sus semejantes.



Las voces se acercaban y distinguí luego un grupo de hombres que venía por el camino platicando y riendo en amigable compañía. Llegaron hasta mí, saludándome corteses y sencillos. Eran cinco y todos marchaban a pie. A la pregunta que les dirigí sobre la causa que los obligaba a caminar a deshora, pues no veía en ellos ningún apero de labranza ni señal que indicara trabajo alguno, contestáronme dándome desde luego la explicación de lo que me había ocurrido, aunque yo me guardé bien de hacerles conocer el horror pasado, que ellos, seguramente, adivinaron en mi descompuesto semblante.

En un rancho de la vecina sierra, la tarde anterior había ocurrido una riña a mano armada, en la

que sucumbió uno de los rijosos. El matador emprendió la fuga y el cadáver, consignado a la autoridad, iba conducido a la villa de la extraña manera que yo lo había encontrado. Para ahorrarse molestias y evitar que el ramaje se enganchara en las ropas del muerto, colocáronle los conductores a horcajadas sobre un paciente pollino,²³ sosteniéndole con dos estacas convenientemente aderezadas en el aparejo.

Al saber semejante cosa, encontradas sensaciones repentinamente de mí se apoderaron; ya era un anhelo brusco de abrazar, de agasajar a aquellos bárbaros, ya un furioso deseo de acometerlos. Contuve, sin embargo, tales ímpetus, y despidiéndome de la patrulla proseguí la interrumpida jornada.

IV

La del alba²⁴ se venía a toda prisa cuando el repetido ladrar de perros y el alegre canto de los gallos me anunció la cercanía de un rancho que se recuesta en los estribos de la montaña. Llegado que hube, hice parada en el primer solar cuyos jacales a humear empezaban. Eché pie a tierra y me propuse esperar

²³ Asno joven.

²⁴ “La del alba” es una forma apocopada de “estrella del alba”, nombre popular para el planeta Venus, el cual es visible durante el amanecer.

a mi rezagado mozo, mientras daban un pienso²⁵ a mi caballería y a mí frugal,²⁶ aunque confortante refrigerio.

El sol salía apenas cuando despavorido, trastornado, casi loco, llegó por apartado sendero el infeliz sirviente. Detenido en la villa mientras le entregaban los papeles, le pareció necesario refo- cilarse con buena ración de aguardiente. Un tanto ebrio emprendió a todo escape la carrera para dar- me alcance, pero a poco la dipsomanía²⁷ le obligó a detenerse en las últimas casas del poblado, donde repitió las dosis del de caña²⁸ y trabó plática con los amigos y conocidos.

Ya bastante excitado prosiguió la marcha y en un lugar del camino tuvo el mismo pavoroso en- cuentro que yo. Llevaba un enorme cigarro de hojas de maíz y había gastado todos los fósforos en encen- derlo. Al divisar al macabro noctámbulo, dirigióse resueltamente a él para que le proveyera de fuego, y su sorpresa y espanto fueron mayores mil veces que los que yo pasara, pues, montando un caballo que no se asustaba, y siendo supersticioso en extremo,

²⁵ Porción de alimento seco que se da al ganado.

²⁶ Escaso en comida y bebida.

²⁷ La embriaguez.

²⁸ Se entiende por *caña* a la variedad de bebidas alcohólicas obtenidas a partir de la destilación o fermentación de jugos de caña de azúcar. El relato podría referirse al popular aguardiente de caña de azúcar.

como toda la gente campesina,²⁹ fue brusquísimo y terrible el golpe moral que recibió su mezquino y desorganizado cerebro. La embriaguez huyó como por encanto; y, habilísimo jinete, se arrojó por el acantilado abajo siguiendo toda la margen del río hasta encontrarse conmigo en el rancho de la montaña. Por esa razón no topó con los conductores del cadáver, y le tuvo, desde el espantable encuentro, por cosa del otro mundo, a pesar de todos los empeños que puse en arrancar de su ánimo la tremenda impresión.

Cuando rendimos, al día siguiente, la jornada, cayó el desgraciado mancebo presa de mortal paludismo,³⁰ que degeneró en una terrible fiebre cerebral.

Pocas semanas después estaba muerto.

Y yo, a pesar de lo bien librado que salí, no las tuve todas conmigo.

²⁹ El narrador generaliza el tipo de creencias que suele tener la gente campesina, de modo que él se asume como ajeno a esa realidad de pensamiento.

³⁰ Enfermedad febril transmitida al humano por la picadura de ciertos mosquitos.

CORO DE BRUJAS¹

I

Érase que se era una buena señora, viuda y sesentona, propietaria de cierta finca rústica, no muy lejana de un pueblo donde yo desempeñaba, hace ya tiempo, funciones del orden judicial.² Noria del Águila, que así se llamaba la hacienda, tenía abundantes y excelentes tierras de labor, montes poblados de pastos y agua para regar dos o tres sitios de ganado mayor; con lo que, dicho se está, la propietaria debía ser rica por demás, pues carecía de familia y sus necesidades eran exiguas, como las de gente que no sale del rancho sino para “bajar”, así se dice, a los pueblos vecinos, y eso de tarde en tarde, con ocasión de fiestas y jolgorios o, sencillamente, para mudar de aires.

¹ Publicado en dos entregas: la primera el 3 de mayo de 1903 y la segunda el 10 de mayo de 1903, en *El Mundo Ilustrado*.

² El protagonista, en este punto, da cuenta explícita de su labor como hombre de leyes.



Pero es el caso que los rendimientos de la finca eran apenas medianos, y aunque no llegaban a perderse las cosechas por malo y seco que el año fuese, la verdad es que no producían ni la mitad de lo que producir debían. Ciertamente que las mujeres carecen, en lo general, de dotes para entenderse en la administración de sus negocios; pero doña Francisca Perales, que a este nombre respondía la dueña de Noria del Águila, había encomendado por completo el manejo de su hacienda a un administrador, hombre campirano y versadísimo en todo lo que a la ciencia de las *Geórgicas*³ atañe, salvo en introducir innovaciones y mejoras de modernos procedimientos, pues a ese respecto tanto el ama como el empleado oponían la más vigorosa resistencia.

³ Perteneciente o relativo al campo. Virgilio escribió *Geórgicas*, un poema que glosa e informa acerca de las labores agrícolas, además de representar una loa de la vida rural.

Doña Francisca o doña Pancha, como más comúnmente se la llamaba, era la adoración y el paño de lágrimas de sus sirvientes y de todos los aldeanos y campesinos que moraban en cinco leguas a la redonda. Y no podía ser de otra manera, pues socorríales en sus necesidades, aunque no ciertamente con mucha largueza, y, sobre todo, les curaba cuando enfermos acudían a ella en busca de alivio o de salud. Esto de curar y prescribir métodos y remedios para toda clase de dolencias era el elemento principal en la vida de la buena señora; era como el agua para los peces, el rocío para las flores y para las aves el viento.

Y no vaya a creerse que echaba mano de medicinas y drogas de las usadas más comúnmente por galenos⁴ y farmacéuticos. Ni por pienso. Se reía de los médicos, de las boticas y hasta de los curanderos, a quienes solía tolerar y aun aconsejar algunas veces. El ejercicio de la medicina en ella era una cosa así como rito misterioso y oculto y rarísima ocasión empleaba yerbas o pócimas, y cuando lo hacía, sus menjurjes,⁵ verdaderas panaceas,⁶ componíanse de los simples⁷ más inusitados y estrambóticos. Su terapéutica constaba especialmente de palabras, signos y prácticas extrañas, así como de oraciones,

⁴ Médicos.

⁵ Mezcla de varios ingredientes.

⁶ Remedio o solución general para cualquier mal.

⁷ Material de procedencia orgánica o inorgánica, que sirve por sí solo a la medicina, o que entra en la composición de un medicamento.

algunas de las usadas por la Santa Madre Iglesia y otras del uso exclusivo de aquella sapientísima doctora que tenía su consultorio en la casa grande de la Noria del Águila.

Pero tampoco se debe pensar que doña Pancha usara indistintamente de las mismas palabras, signos o remedios en todas las enfermedades. De ninguna manera. Así, por ejemplo, para el dolor de muelas aplicaba una cuerda de guitarra enrollada al cuello a guisa de rosario; para las “riumas”⁸ prescribía cortarse las uñas todos los lunes; los desmayos y zumbidos de cabeza los curaba colocando una lanita de borrego prieto⁹ en la ternilla de la nariz, y el “ojo de venado”,¹⁰ el sebo de león y hasta el excremento de diversos animales servían para otras tantas dolencias y accidentes.

El terrible mal de ojo,¹¹ tan común entre la gente rusticana, no desaparecía sino con repetidas unciones de saliva en frente, oídos, nariz y boca. La saliva tenía un uso bastante generalizado en la terapéutica de doña Pancha, pero era necesario saber manejar-

⁸ De reuma: reumatismo, inflamación de las articulaciones o dolor en ellas.

⁹ Oscuro, negro.

¹⁰ Amuleto contra el mal de ojo. No se trata de un ojo real de venado, sino es una leguminosa tropical de la familia de las *Fabaceae*, conocida como grano de terciopelo, pica, picapica o frijol terciopelo, que se perfora y se coloca en un cordón rojo para para usarse como pulsera o collar.

¹¹ Influjos maléficos que puede una persona ejercer sobre otra mirándola de cierta manera.

la, pues debía siempre ir acompañada de oraciones y fórmulas cabalísticas que variaban según la naturaleza de la enfermedad; porque, decía, hay oraciones frías y oraciones calientes, y no deben aplicarse aquellas en los resfriados, ni éstas en las fiebres; sino todo lo contrario: para todo es necesario saber. En cuanto a otras dolencias más graves, variaba el procedimiento, siendo uno de los más enérgicos y eficaces colocar un huevo de gallina prieta (el color negro era ritual) debajo de las almohadas del paciente para que le extrajera el mal; o bien, se metía la mismísima doña Pancha debajo de la cama y lanzaba unos lamentos y gritos tan lastimeros, llamando por su nombre al enfermo, que éste, si estaba aún en sus cabales, creía que la propia muerte lo solicitaba desde lo más profundo de la tierra y se levantaba todo trémulo y despavorido. Pero con estas y otras prácticas, rara era la enfermedad que no cedía al tratamiento; y si el pobre doliente sucumbía al fin, era sólo porque “ya le tocaba”.¹²

Don Carpio, el administrador (su nombre era Policarpo), si no ejercía la medicina, en cambio, como astrólogo daba ciento y raya¹³ a los sabihondos que escriben libros cuajados de mentiras y disparates. Todos los años, en el mes de enero, la noche de

¹² Expresión mexicana popular para indicar que ya ha llegado la hora de la muerte.

¹³ Superar ampliamente en calidad una cosa o una persona a otra.

San Antonio Abad, instalábase en la era a contemplar el cielo para ver por qué lado entraba el año: iba provisto de un cuaderno donde apuntadas tenía multitud de observaciones hechas y no interrumpidas por los más lejanos de sus progenitores. Allí, con un farol y un lápiz, trazaba figuras y signos siguiendo la revolución de las estrellas y el cariz que presentaba la “almósfera”:¹⁴ y a eso de las cuatro de la mañana, cuando ya “las siete cabrillas”¹⁵ se habían metido y a sus alcances iban “los tres reyes” y “las tres Marías”,¹⁶ don Carpio, con pasmosa seguridad, pronosticaba la calidad del año, y decía, como si lo estuviera viendo, qué clase de frutos se iban a dar y cuáles a perder; las plagas y enfermedades de los animales y de las plantas, y, finalmente, si el año sería seco o lluvioso.

Así es que, con tales conocimientos, no había temor de que se perdieran el tiempo, el dinero y el trabajo en infructuosas siembras y demás operaciones agrícolas. Bien es verdad que algunas veces solían fallar sus cálculos y pronósticos, pero eso acontecía solamente cuando a la hora de la observación ocurríasele rebuznar a un burro prieto (por de contado), en los vecinos corrales, o a algún murciélago trazar

¹⁴ Atmósfera.

¹⁵ Es un pequeño agrupamiento de estrellas de la constelación de Tauro, que tienen la apariencia de un rebaño de cabras.

¹⁶ El cinturón de Orión (alineación de tres grandes estrellas) es conocido popularmente como “los tres Reyes Magos” o “las tres Marías”.

sus curvas caprichosas en torno de la era, trípode y observatorio astronómico del buen don Carpio.

Por lo demás, para todo encontraba remedio, pues cuando se retardaban las lluvias y las sementeras¹⁷ poníanse mustias y agostadas, don Carpio hacía un agujero en la tierra, enterraba el calendario del más antiguo Galván¹⁸ (precisamente había de ser éste), juntamente con una oración al mismo San Antonio Abad¹⁹ y otra a San Isidro Labrador,²⁰ todo esto a compás de credos y salves que rezaba entre dientes, haciendo cruces con la mano sobre los campos y hacia los cuatro puntos del horizonte.

Conque ya se figurará el curioso lector cómo andarían en Noria del Águila los negocios económicos y agrícolas, manejados por estos tan extraordinarios personajes.

¹⁷ Siembras.

¹⁸ El Calendario del más Antiguo Galván es un almanaque donde se publicaba el santoral, el clima, efemérides, oraciones y las fiestas de guardar. Le debe su nombre a su primer editor: Mariano Galván Rivera. La población en general acostumbraba llevar uno en el bolsillo, aunque no supieran leer. Sin embargo, accedían a su contenido porque se leía en las plazas públicas. En sus páginas aparecen símbolos de las fases de la Luna, las cuales eran útiles a los campesinos para determinar la mejor temporada para sembrar y cosechar. Éste era uno de los usos más destacados de esta publicación. por esa razón don Carpio incluye el entierro de este calendario en su ritual.

¹⁹ Santo patrono protector del ganado.

²⁰ Santo patrono para beneficio de la agricultura, hacedor de lluvias.

II

Pues sucedió que a don Carpio se lo iban a llevar los diablos, o más bien dicho andaban con el intento de llevárselo.

Fue la misma doña Pancha quien llevó a Valnavara, el pueblo donde yo vivía, la estupenda noticia. Todos los habitantes del lugar invadieron la morada de la rica propietaria para oír de su misma boca la revelación de tan maravillosa aventura. Yo fui uno de los primeros en acudir y con todos sus pelos y señales²¹ me refirió el suceso, con lenguaje y ademanes tan pintorescos, que más de una vez, durante la narración, sentí ponerme los pelos de punta.

Y era tan cierto el hecho, que los dos o tres mozos que acompañaban a su ama, y ella misma, fueron testigos presenciales; lo que dio por resultado que doña Francisca abandonara la hacienda mientras el maleficio se conjuraba, aunque, según las trazas,²² no había que esperar que tal cosa sucediera hasta que don Carpio abandonara la finca, o los diablos, en forma de brujas, cargaran con él a los profundos.

El caso pasó de esta manera:

Una tarde, ya al ponerse el sol, se desató rumbo a la serranía de la hacienda tan furiosa tormenta, que to-

²¹ Se refiere a relatar un acontecimiento con todos los detalles posibles.

²² Huella, vestigio, señal o rastro.



dos los arroyos se salieron de madre y las peñas y los árboles rodaron descuajados por los desfiladeros de las montañas. Hasta allí el fenómeno nada ofreció de particular, pero ya al entrar la noche comenzó a descolgarse de las nubes una horrorosa “culebra”²³ (que así se llaman las trombas en el lenguaje rústico), cuya monstruosa cola se retorció en el aire entre negros torbellinos de polvo y agua.

El pánico se apoderó de los campesinos y del propio don Carpio, quien probablemente, por alguna imprevisión o descuido, había enterrado el calendario a más profundidad de la necesaria, o había echado más cruces y oraciones de las acostumbradas. Pero de improviso y en un punto, ama y administrador, que contemplaban el meteoro desde el portalón de la casa grande, entraron precipitadamente a una

²³ Columna de agua que se eleva desde el mar.

galera contigua, saliendo al instante armados de sendos cuchillos, con los que, disparando estocadas y bendiciones sobre la culebra, como quien se tira a fondo o raja leña, al punto y como por encanto quedó partida la terrible manga, que vino a resolverse en descomunal aguacero.

Pasado ya el peligro, con gran asombro de los sirvientes que presenciaron el conjuro, doña Pancha y don Carpio dieron trazas de recogerse cada cual en sus habitaciones, pues la noche seguía tormentosa y negra y no era cosa de ir al campo a esa hora para encauzar los arroyos y reparar los destruidos canales. Así es que don Carpio, después de despojarse de las empapadas ropas, se echó al colete²⁴ doble ración de tequila de la acostumbrada, para no resfriarse; y ya se disponía a meterse entre las no muy limpias sábanas, ni menos mullido lecho cuando percibió, clara y distinta, una voz extraña que de fuera le llamaba por su nombre, voz que parecía descender de lo alto y que se mezclaba con carcajadas horripilantes y soeces maldiciones.

De pronto creyó don Carpio que aquella era ilusión de sus oídos o las rachas de viento que golpeaban, zumbando, los muros de la casa; pero como la voz se repitiera, y ya no sola, sino acompañada de otras, que en distintos tonos le amenazaban imprecándole, el pobre hombre se armó de valor, abrió

²⁴ Bebérselo de un solo trago.

la ventana y enderezó la vista a la azotea donde las voces parecían sonar; y en aquel mismo punto sintió que el horror le cuajaba la sangre, paralizándole los miembros. Destacándose en la masa negra de las sombras, vio el infeliz otras sombras más negras aún, que se bullían vertiginosamente como en una danza infernal, sobre el pretil y sobre las canales de su misma habitación.

Horrorizado y loco, cerró de un golpe la ventana y salió corriendo en busca de doña Pancha, que a la sazón se recogía. Desde la puerta dióle cuenta de lo que le pasaba; vistióse alborotada la señora, y ambos, acompañados de los mozos y dependientes que estaban aún en pie, se dirigieron al cuarto del administrador, donde todos fueron testigos de la extraordinaria escena que afortunadamente no se prolongó por mucho tiempo, pues a poco sintióse el aleteo de aquellas sombras como de aves monstruosas y pesadas que volaban casi sin ruido en la oscuridad.

Nadie se atrevió a salir a investigar el hecho, pues todos, doña Pancha *in capite*,²⁵ declararon que las brujas, teniendo cuentas pendientes con don Carpio, venían a cobrarlas y procurarle males, en pago del que había hecho a cierta moza del rancho, cuya madre, según se susurraba, era una de las más

²⁵ Significa “a la cabeza de alguna operación u obra”. Esta máxima latina se usa específicamente como términos jurídicos, así, el narrador da cuenta, una vez más, de su formación profesional.

desaforadas hechiceras que podían encontrarse por aquellos contornos. Dejaron, pues, en paz a las brujas, ya que ellas la habían arrebatado a los moradores de la casa, y pasóse el resto de la noche en medio del susto consiguiente, con el cual, dicho se está, nadie logró pegar los ojos.

Y como en las noches posteriores se repitiera el espantoso fenómeno de las brujas, los dependientes abandonaron la casa grande y se fueron a dormir a otra que, aunque estaba en no muy favorables condiciones de habitación, aderezaron de la mejor manera; y doña Pancha tomó el partido de trasladarse a Valnavara hasta que las brujas escogieran otro lugar para sus nocturnos conciliábulos, pues los aquelares del Harz en la noche de Santa Walpurgis²⁶ eran tortas y pan pintados,²⁷ si en parangón se ponían con los que noche a noche se celebraban en la casa principal de Noria del Águila.

²⁶ En varios países europeos, la noche de Walpurgis se conoce también como la Noche de brujas. Según la leyenda, las brujas vuelan a la montaña más alta de la Sierra del Harz, en Alemania.

²⁷ El origen de la panadería pintada responde a la necesidad de diferenciar fácilmente las piezas horneadas en hornos comunitarios. Esta expresión señala la diferencia de dificultad entre dos situaciones, donde el segundo evento representa el de mayor complejidad. En el relato, los aquelares del Harz son poca cosa y fáciles de soportar en comparación con los acontecimientos provocados por las brujas que se presentan en la Noria del Águila.

III

Todo esto y más todavía me fue referido por la buena señora, con tan profundo convencimiento y a la vez con tales muestras de desdén al notar cierta sonrisa de incredulidad en mí, que a poco ya estaba yo tan embrujado como ella. Intenté, sin embargo, escudriñar una parte del misterio, aquella que se relacionaba con la moza hija de la célebre hechicera. Doña Francisca me dio todos los datos necesarios, de los que vine a poner en claro que el bueno del administrador, aficionado por demás a las hembras, había tenido sus dares y tomares con una muchacha muy bonita del rancho; pero al cabo, como todo cansa en este mundo, cansóse de aquellos amoríos, no por otra cosa, sino porque se enamoró perdidamente de otra, mujer con la cual comprendió que no podía entrar en más relaciones que las matrimoniales; por lo que dio de mano²⁸ a su antigua pasión; y ya se habían empezado a correr las amonestaciones en la parroquia de Valnavara y sólo faltaba fijar la fecha del casorio, con gran contentamiento de doña Pancha, quien se había ofrecido a ser madrina.

Pero como el hombre propone... y las brujas disponen, desde el primer domingo en que se leyeron, después del Evangelio, las susodichas amones-

²⁸ La locución *dar de mano* significa abandonar un trabajo o dejar de hacer una actividad.

taciones, empezó el aquelarre en la azotea del cuarto de don Carpio, según dejo ya referido.

Bien enterado del asunto y todo confuso y estupefacto, despedíme de la propietaria y en poco tiempo olvidé las brujas, hechicerías y demás cosas que con ellas y con los habitantes de Noria del Águila se relacionaban.

Y aconteció que yendo días y viniendo días, una tarde en que para sacudir el fastidio que me abrumaba, paseábame a caballo por los alrededores de Valnavara, entregado por completo a mis meditaciones y a la contemplación de los campos, me fui alejando, alejando sin sentirlo, hasta que ya, próximo el sol a ocultarse, encontréme precisamente al pie de la cuesta que remontando un cerro poco elevado, conducía directamente a la hacienda de doña Pancha. Al darme cuenta del punto hasta donde había llegado, vinieron a mi memoria los estupendos sucesos en la finca acaecidos y determiné seguir adelante, para desengañarme por mis propios ojos. Puse piernas al caballo y en poco más de una hora, ya oscurecido, me encontré en el espacioso portalón de la casa grande, donde don Carpio, sólo y sombrío y apoyado sobre un pilar, mostraba en toda su persona el desastroso estado en que su ánimo había caído.

Imposible sería dar cuenta del gozo con que me acogió. Él mismo condujo a mi cabalgadura, después de desensillarla, a la caballeriza, y luego se apersonó conmigo ofreciéndome alojamiento por esa noche, con las más grandes muestras de afecto y consideración que en mi vida he recibido.

—Estoy solo en la casa —me dijo—; los dependientes viven en la de allá abajo y no han consentido que yo me vaya con ellos, porque temen que hasta allá me persigan las muy judías.²⁹ Los mozos luego que anochece se van a dormir a la troje, y aquí me tiene usted que ya no hallo ni qué hacer, pues parece que soy un apestado.

Entramos al escritorio, y después de los cumplidos que son del caso, expresele sin rodeos el motivo que me llevaba a hacerle compañía por esa noche. Grande fue su asombro y más aún su espanto al ver que yo no lo tenía en manera alguna y que estaba absolutamente resuelto a descubrir el misterio de las brujas, que tanto le atormentaban.

Cuando hubo encendido luz, quedé admirado del terrible estrago que las apariciones habían hecho en el pobre hombre. Era antes un rancherazo de contextura musculosa y recia, pero tan flaco y amojamado³⁰ estaba, que ya no tenía sino la piel verdosa y plomiza³¹ untada en los puros huesos.

²⁹ La palabra *aquejarre* significa junta o reunión nocturna de brujos y brujas, con la supuesta intervención del demonio para sus prácticas mágicas o supersticiosas. Tal palabra deriva del término hebreo *sabbat* que, en la religión judía, es el día de descanso obligatorio. En la Edad Media, tras la expulsión de los judíos de España por parte de los cristianos, debido a varios prejuicios antijudíos, se asoció el *sabbat* con la brujería.

³⁰ Esquelético

³¹ Dicho del color semejante al plomo: gris.

Diome lástima, en verdad, su figura y desde luego procuré infundirle ánimos, tomando por el lado cómico sus extraordinarias aventuras; pero él atajóme en mi intento, y con ademanes de inaudito espanto, me manifestó que tenía pensado, pues las hechicerescas visitas no cesaban, apelar a la fuga y hasta renunciar a su proyectado casamiento.

—¿Luego continúan las brujas viniendo? —pregunté con verdadero interés.

—Sí, señor —me contestó—. No hay noche de Dios que esas condenadas no vengan a... molestarte. Yo ya no puedo más y hasta he tenido que recurrir a tata Prisco. Pues ni por esas, señor licenciado.

—Pues quién es tata Prisco que, según parece, tiene poder para librar a usted de este maleficio.

— ¡Tata Prisco! —repuso mirándome asombrado de mi ignorancia—. ¿Pero no conoce usted a tata Prisco?...

Tuve que confesar mi desconocimiento de tan conspicua³² personalidad.

—Pues tata Prisco —continuó don Carpio— es un viejo que vive en Cerro Gordo, a cinco leguas de aquí, y que, aunque dicen que está descomulgado, es el único capaz de meter en cintura a todas las brujas y demonios que resisten hasta el agua bendita y los exorcismos del señor cura.

³² Ilustre o sobresaliente.

—¿Y a qué se debe tan soberana y poderosa virtud de tata Prisco? —insité con positiva curiosidad.

—¡Pues a qué ha de ser! Nada menos a que tiene un pedacito de la reata con que se “ahorcó” Judas Iscariote, el cochino apóstol que vendió a Nuestro Señor.

—¡Caramba!... ¿Y de dónde cogió semejante reliquia?

—Dicen que un judío o francés que estuvo por aquí el siglo pasado, porque tata Prisco ya va a ajustar los cien años, le dio ese mecate en pago de haberle enseñado unas minas de oro y plata con que se hizo muy rico y volvió a su tierra.

—¡Magnífica paga! ¿Y con tan poderoso amuleto no ha podido nada tata Prisco contra las brujas que vienen a desvelar a usted?

—Nada, señor, nadita; y ya cuando llega la noche me entra aquella “pinsión”³³ y aquel “susidio”,³⁴ que no me dejan. Y si no me voy de aquí y largo la novia, seguro, segurito que me voy a morir. Y no es eso lo más, sino que es capaz que las malditas carguen conmigo a los mismos infiernos.

—Pues nada, don Carpio —le dije entre serio y festivo—. Vamos a ver si yo, que no tengo la cuerda de Judas, puedo hacer algo por usted.

—No, señor, no haga nada, porque será en vano, y hasta puede que también usted la lleve.

³³ Vulgarismo mexicano que se refiere a pesadumbre o melancolía.

³⁴ Inquietud o zozobra.

—Bueno; pues allá veremos. ¿Y dice usted que todas las noches vienen las brujas? ¿Vendrán ahora?

—Sí, señor; pero todavía tardarán, porque no son más que las nueve y ellas vienen cerca de la media noche. Sólo que ahora han dado en caer por el corral.

—Eso no importa. Pasaremos el rato platicando. ¿Tiene usted armas?

Contestóme con un gesto de conmiseración. Yo le inspiraba lástima. Verdaderamente no sabía con quién tenía que habérmelas. ¡Armas!, ¿para qué? Con seguridad que las espadas de más filo se embotarían contra enemigos diabólicos y las balas más potentes se estrellarían en el plumaje de aquellos pájaros, porque de pájaros vestidas se presentaban las hechiceras en las nocturnas visitas.

Confesóme el infeliz hombre que solo había encontrado un remedio, si no para ahuyentarlas, al menos para perderlas de vista y, sobre todo, de oídos; y este remedio era rezar un rosario e inyectarse en seguida, entre pecho y espalda, de un golpe y sin resollar, media botella de tequila y a veces hasta una entera. Bien es verdad que solía amanecer casi todas las mañanas, rodado de la cama y debajo de la mesa; pero con esto así pudieran venir todos los muertos de los camposantos y todas las brujas del mismo Brooken;³⁵ que don Carpio así se daba cuenta de ellos como los habitantes de la luna.

³⁵ Es muy probable que se refiera a Brocken, que es el monte más alto de la sierra de Harz.

En este diálogo y otros semejantes, pasamos las horas desde mi llegada hasta la de la frugalísima cena, consistente en un trozo de cecina y una taza de café, que el mismo don Carpio aderezó, pues no había otros seres vivientes que nosotros en aquel enorme y vetusto caserón.

IV

Para el objeto que me proponía, no encontré más armas que una vieja escopeta de pistón, de dos cañones, olvidada en un oscuro rincón del escritorio. Después de aparejarla³⁶ lo mejor que fue posible, procedí a la operación de carga. Pude encontrar una poca de pólvora desperdigada en un monumental cuerno de toro que perdido se hallaba en un cajón de la tienda; en otro logré juntar hasta tres docenas de postas y algunas cápsulas que confundidas estaban con una navaja de gallo y su correspondiente botana, granos de garbanzo, obleas y buena porción de clavos y tornillos.

Ya apercebida mi arma y acercándose la hora de la temerosa aparición, permití a don Carpio rezar su acostumbrado rosario, mas no engullirse la milagrosa botella con la que me convidaba para crear ánimos, según decía. No fue poco el trabajo que me

³⁶ Limpiar o reparar, darle mantenimiento.

costó hacerle prescindir de aquella fórmula cabalística; pero al fin convino en que debíamos estar en nuestro entero juicio y con la cabeza despejada.

Y como todo llega en la vida, si no es la ventura, llegó la hora tan temida para don Carpio y para mí tan deseada. Súbitamente vi a mi hombre ponerse lívido,³⁷ y con voz cavernosa y trémula me dijo:

— ¡Oiga! ¡Oiga! Ya están ahí.

Yo, que tengo la desgracia de ser algo teniente, es decir, falto de oído, no había escuchado nada, por más que toda mi atención se concentraba en las indicaciones de don Carpio. Salí a la puerta del escritorio, que caía a un pasadizo tan prolongado y estrecho como una cerbatana y negro como una boca de lobo, y entonces alcancé a oír ese graznido horrisono peculiar de la lechuza; en seguida percibí el “tcucurucú” del tecolote y un grito sordo y ronco de otro animal que no era fácil conocer en aquel momento. Pero nada más.

—Pues eso, don Carpio —le dije—, no es otra cosa que voces de aves nocturnas, lo cual nada tiene de particular en la casa de una hacienda que está tan cerca del monte.

— ¡Oiga, oiga! —repuso sin hacerme caso y sacudiéndome bruscamente con una de sus manazas³⁸

³⁷ Intensamente pálido.

³⁸ De manos torpes.

de esqueleto hercúleo³⁹ mientras se aplicaba rígido, cerca del oído, el dedo de la otra—. ¡Oiga nomás lo que están diciendo!

Paré la atención y, efectivamente, entre un rumor extraño y confusa algarabía, percibí claramente el nombre de don Carpio, precedido de una grosera maldición.

Violentamente empuñé la carabina y empujando a don Carpio obliguele, casi a fuerza, a que saliera conmigo, no sin procurar convencerlo de que aquello nada de sobrenatural tenía, asegurándole que pronto íbamos a descubrirlo todo, pues yo llevaba nada menos que un fragmento de la cruz en que murió San Dimas, el buen ladrón, que también había tenido sus puntas y ribetes⁴⁰ de brujo; reliquia mucho más eficaz que la de tata Prisco. Y mostré al crédulo administrador un palillo de dientes.

Calmado en parte y convencido un tanto, echó a andar tras de mí, empuñando, por indicación mía, ancho y largo machete. Ambos, además, llevábamos ceñidos nuestros revólveres.

Atravesamos la sala y una serie de piezas que le seguían. En la última abríase amplia ventana sin verja, por la que saltamos a uno de los patios de aquella

³⁹ Muy fuerte y de gran musculatura, como Hércules, dios griego. En este caso, se refiere a que don Carpio era fuerte, pero se encontraba debilitado del cuerpo por la enfermedad ocasionada por el miedo al ser perseguido por las brujas.

⁴⁰ Frase para referirse a ciertas cualidades.

vieja y pavorosa casa, muy propia, ciertamente, para que en ella tuvieran manida todos los habitantes del otro mundo. La luna, que despuntara poco antes, envolvíase en gruesas nubes y apenas podía alumbrar con opaca e indecisa claridad el cielo. La tierra estaba aún casi en tinieblas.

Llegamos a la puerta del espacioso corral cercado por ruinoso tapia de piedra. La puerta estaba cerrada, pero a través de los mal unidos tablones podíamos medir el corral en toda su anchurosa extensión. Casi en el centro se alzaba escueto y altísimo mezquite y más lejos empinábase un guimbaletaje junto al derruido brocal de una noria mal cegada.⁴¹

Entre tanto, la algarabía de las brujas, pues brujas debían de ser, según todos los barruntos,⁴² no cesaba un momento. Gritos, carcajadas irónicas y burlescas, silbos horripilantes, rumores como de salmodia;⁴³ todo, todo se oía a un tiempo mismo, sin confundirse, aunque se mezclaba; y sobresaliendo alguna vez entre aquel horrisonante vocerío, percibíanse distintamente palabras confusas e incoherentes a veces, a veces agudas y vibrantes, repitiéndose

⁴¹ El guimbaletaje es un palanca con que se da juego al émbolo de una bomba. Un brocal es un parapeto o borde sólido con el que, por seguridad y utilidad, cubren un pozo a nivel de superficie. La noria es una máquina compuesta por dos grandes ruedas engranadas que sirve para sacar agua de un pozo o de algún otro lugar.

⁴² Inidicios o noticias.

⁴³ Parte de la liturgia en que se rezan o cantan varios salmos.



el nombre de don Carpio, con abrumadora y pertinaz obsesión.

— ¡Ya me la pagarás! ¡Ya me la pagarás! ¡Ya me la pagarás! —Oíase de pronto; y luego una voz hueca, ronca y gutural repetía:

— ¡Carpio cornudo! ¡Cornudo! ¡Cornudo! —y otras dos malas palabras que no son para escritas, ni menos para leídas.

Sobre una gruesa rama de mezquite pude ver la tenue claridad de la luna, destacándose contra la gris lividez del espacio tres pájaros grandes en apretado grupo, que aleteaban haciendo movimientos extravagantes y grotescos, al compás del espeluznante rumor que producían. En la punta del guimbaleta distinguíase otro pájaro, más negro que las sombras de las

piezas que de atravesar acabábamos, que también se retorció como en epilépticas convulsiones. A la luz del día visto, habríame hecho reír; pero en aquel instante, lo confieso, sentí que se me erizaban los cabellos.

Puesto ya en semejante trance, por mí mismo buscado, parecióme ridículo y vergonzoso retroceder, y arrojándome, de improviso, al fin de la aventura, entreabrí silenciosamente la puerta del corral, que no tenía llave ni cerrojos. Me eché la escopeta a la cara y, encañonándola lo mejor que pude hacia el grupo del mezquite, apreté el disparador... Un formidable traquidazo⁴⁴ retumbó en toda la casa y hasta en los cerros vecinos, pues había soltado los dos tiros; y, disipado el humo, vi, al pie del árbol, dos de los pájaros heridos mortalmente, que se agitaban en las postreras contorsiones de la agonía; y el tercero, maltrecho, volaba torpemente sobre la tapias del corral. El del guimbalete había desaparecido.

Casi al par de la detonación producida por el disparo, surgió de la cercana nopalera, que tras la casa se levantaba, una voz colérica a la vez que plañidera, exclamando:

—¡Válgame las benditas Ánimas! ¡Miren nomás! Ya este hombre borrachón y sinvergüenza me mató mis animalitos. ¡Maldita sea don Carpio y la madre que lo parió!

⁴⁴ Ruido provocado por un disparo.



Oír aquellos gritos nosotros que nos contemplábamos mutuamente, estupefactos ante la hecatombe, y largarnos a través del corral y del campo, salvando las trancas que las tapias tenían, a guisa de puerta, fue todo uno. Llegamos de un salto, cayendo de improviso en lo más espeso de la nopalera, donde al pie de inmenso y cóncavo peñón, encontramos a tres mujeres que se ocupaban en acariciar a un cuervo prodigándole las más tiernas expresiones de cariño, a la vez que le alisaban el negro plumaje del lomo.

Pero don Carpio de un sólo mandoble dividió en dos mitades el repugnante pajarraco, y sin que yo pudiera contenerle, arremetió furioso contra las mujeres, disparándoles cintarazos a diestra y siniestra; y es

que había reconocido en dos de ellas a su examasia y a su exsuegra, sobre la cual batía, muy a su sabor, firme y macizo, desahogando la cólera que le embargaba, de modo tal, que si yo no me le impongo enérgicamente, allí hubieran dado fin por todos los siglos las brujerías y maleficios en aquellas dilatadas regiones.

Calmado ya el enfurecido administrador y las brujas de rodillas, suplicantes y llorosas ante nosotros, pude inquerir el secreto y explicación de las aventuras a que yo, recientemente armado caballero por obra y gracia del fastidio que me consumía en Valnavara, pude dar digno acatamiento y remate, logrando imperecedera fama entre los campesinos de aquellos lugares y de los demás que en todo lo descubierto de mi partido judicial alientan y alentarán por varias generaciones.

Yo quisiera revelar al lector tales misterios; pero es el caso que me he propuesto reservarlos para el día en que, si Dios me concede vida y humor, pueda referir la ocasión y manera en que yo mismo me hice “nahual”,⁴⁵ después de cursar todas las asignaturas correspondientes, hasta alcanzar el grado en tan importante profesión.

Mas si dejo suelto este cabo, que es ciertamente el más interesante, debo atar los demás, aunque sean accesorios; y así diré que don Carpio, libre ya

⁴⁵ Aunque el narrador no mencione algún dato específico del cuento “El nahual”, es un tipo de referencia a la criatura sobre la que tratará éste.

de aquel peligro, se casó al fin, cayendo en otro, tal vez más grave aún; pues la edad del administrador de Noria del Águila frisaba en los cincuenta años y su esposa no llegaba a los veinte.

Un detalle antes de concluir: doña Pancha me tomó grande ojeriza⁴⁶ y mala voluntad. Tan aferrada estaba en sus supersticiones, que no quiso nunca convenir en que los pájaros que yo había matado eran pájaros sencillamente, y las apaleadas mujeres... mujeres nada más, que creo es ser ya demasiado... y algo más todavía.

⁴⁶ Expresión que significa enojarse con alguien.

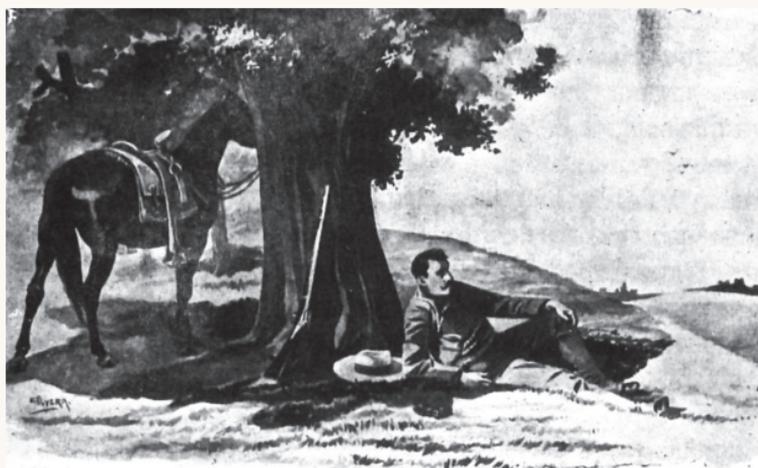
EL NAHUAL (?)¹

I

Desde muchas horas antes de amanecer andaba en el monte, guiado por un mocetón fuerte, nervioso y esbelto que conocía la sierra con todas sus entradas, salidas y vericuetos. Eran aproximadamente las once de la mañana. El sol se derretía en chorros de fuego, y el cansancio y el hambre habíanme agobiado de modo tal, que determiné no continuar más en pos de los venados, único objeto con que saliera del rancho, no muy cercano de nosotros a esa hora, pues ocho largas hacía desde que empezó nuestra cinegética² expedición.

¹ Publicado en dos entregas: la primera el 17 de mayo de 1903 y la segunda el 24 de mayo de 1903, en *El Mundo Ilustrado*. El signo de interrogación (?) aparece en el título del cuento en su versión periodística. Puede ser un indicador de la duda y escepticismo del narrador sobre la criatura mítica.

² Relativo al arte de la caza.



Como se me asegurara desde la noche anterior que, a poco de correr y de trasmontar las primeras colinas donde empezaban a elevarse los enormes estribos de la sierra, habríamos de encontrar dos partidas de venado que campeaban en unos sembradíos de cebada, a la orilla de las ya pizcadas labores de maíz que desde las casas divisábamos, me conformé, al levantarme, con un jarro de café negro, buen trago de aguardiente y unos cuantos bocados de pan. Así es que, después de tantas horas de ejercicio, me hallaba completamente desfallecido. Y lo peor del caso era que mi tenacidad y mi empeño no obtuvieron compensación ni recompensa alguna, porque de las codiciadas reses no encontramos sino las huellas, y no frescas por cierto, pues las más recientes acusaban el paso de la partida con una antigüedad de varios días.

Aunque del rancho había salido a caballo, tuve que dejarlo atado a un tronco donde la senda que teníamos que remontar era tan empinada y abrupta que no dejaba paso a la cabalgadura. Mi conductor iba a pie; pero ahí se las dieran todas, pues no parecía sino que se paseaba por ameno prado y que la roca viva sobre que se abría el sendero era una suave rampa de mullidísima alfombra tapizada.

Rendido, pues, de tanto andar sin provecho ni esperanza de alcanzarle, pues a las horas del sol todos los animales montaraces van a sestear³ sombreándose en los sitios más apartados y ocultos, determiné, como he dicho, poner fin por esa vez a mi tarea y regresar al rancho, donde, después de confortar el estómago y dar descanso al cuerpo, enderezaríamos hacia otro rumbo nuestra expedición, pues yo soy tenacísimo e infatigable cuando de montería se trata, y no le doy punto hasta que logro derribar siquiera una pieza de las que me propongo perseguir.

Bajamos de la montaña, y aunque el descanso era penoso por lo empinado y áspero de la cuesta, hicimoslo con rapidez suma, hasta llegar al sitio donde el caballo esperaba despuntando pacientemente las pocas hierbas que estaban a su alcance. Mientras nos ocupábamos en enfrenarle y apretar el cincho de la

³ Recogerse en el día en un lugar sombrío para descansar y librarse de los rigores del sol.

montura, acertó a pasar cerca de nosotros un vaciero⁴ que sobre menguado macho rucio⁵ recorría gran extensión de la sierra vigilando, según me dijo, diversas pastorías que bajo su cuidado estaban.

Enteréle del objeto que por aquellas asperezas nos traía y nos manifestó, con grande contentamiento mío que me hizo palpitar el corazón y hasta olvidar en un instante las pasadas fatigas, que no lejos del lugar donde nos encontrábamos acababa de ver, hacía una hora escasa, las dos partidas de venados que iban a refocilarse con la cebada de los vecinos sembradíos; que seguramente habríamos de dar con ellos cuando la tarde empezase a declinar; y, por último, se ofreció el buen rabadán⁶ a conducirme él mismo al sitio donde todos los días sin faltar uno, y al salir o ponerse el sol, los deseados antílopes se dejaban ver sin recelo alguno, pues mucho tiempo hacía que nadie les daba caza. Ante tan halagadora perspectiva, me resolví, sin vacilar, a quedarme en el punto donde me encontraba, que un bosque de encino y palo blanco cubría del sol, desparramando en torno plácida frescura.

Ordené a mi guía ir al rancho y traerme lo que más pronto y a la mano encontrase de comer y, aun-

⁴ Pastor del ganado que no está preñado o que puede concebir, como carneros castrados.

⁵ De color pardo, blanquecino o canoso.

⁶ Pastor que gobierna uno o más hatos de ganado.

que le ofrecí con insistencia el caballo para mayor rapidez y comodidad, no lo consintió en manera alguna e hízome ver, probándolo hasta la evidencia, que más pronto y mejor llegaría en el caballo de San Francisco,⁷ pues cualquiera otro le incomodaba y servíale de estorbo solamente. Dejele hacer. Le vi bajar la última colina, echar por un atajo y perderse después a lo largo de los barbechos en los abandonados laboríos. Quedé solo con el vaciero informándome de todo lo que a la caza por aquellas montañas se refería, y siendo satisfactorias por demás sus informaciones, supliquéle con el más grande encarecimiento no dejase de volver para acompañarme a la ronda de las tan decantadas partidas. Me lo prometió de la mejor voluntad, asegurándome regresar a poco, pues sólo tenía que ir a “echar un vistazo” al ható más próximo, que se encontraba distante una pequeña legua.

Dos escasas me separaban del rancho; así es que, dada la destreza y actividad de mi guía, antes de dos horas esperaba su regreso, y entretanto me aparejé a descabezar un sueño sobre el reseco zacatal del monte. Como busqué la mejor posición, la que tomé al echarme permitíame abarcar con la mirada inmensa extensión de la llanura que se perdía al pie de la tendida falda donde reposaba, la cabeza en alto y el cuerpo descendiendo, según la suave ondula-

⁷ Alusión a la estatua de San Francisco montando un caballo que se encuentra frente a la basílica de San Francisco de Asís en Italia.

ción de la pendiente que me servía de lecho. Estaba ya completamente solo: el caballo atado muy cerca y mi carabina Winchester apoyada en un encino al alcance de la mano.

El sol del mediodía clavaba sobre la tierra gris sus estiletes de lumbre, que, al atravesar la atmósfera candente, vibraban cual moléculas de oro fundidas en el inmenso crisol del espacio.

II

Regalado bienestar inundóme al sentir en mis miembros el contacto fresco de la sombreada tierra. Entorné los ojos para librarlos de la lejana reverberación del campo. Poco a poco empezó a relievase el dilatado panorama, profundo y vario al propio tiempo en su monotonía misma, pues un detalle, un accidente baladí⁸ que surgiera de pronto en cualquier punto del paisaje, imprimíanle admirable diversidad, perceptible claramente al ojo experto en semejantes contemplaciones.

La planada se extendía tersa y bruñida por la pesada y aplastante onda abrasadora del sol, haciéndola brillar en la lejanía con un espejismo áureo y trémulo que inmensas lagunas y refrigerantes corrientes semejava. Los surcos del abandonado

⁸ De poca importancia.

barbecho aparecían como cintas donde el oro del sol se decoloraba en cobres profundos y apagados, y las duras glebas, lo mismo que las cepas de los rastros, reverberantes y policromas, figurábanse enormes gemas de una caprichosa y nunca imaginada pedrería.

Hasta donde la vista alcanzaba se tendía la llanura, recortándose, allá muy lejos, por la inmensa mancha verde y cenicienta del mezquital, en cuyo medio se asentaban las rancherías. Más cerca y en el centro de algún campo labrantío, desnudo ya de su pompa, surgían enhiestas y rígidas las secas cañas, de donde la mazorca fue arrancada, como rojas espadas centelleantes; y aquí y allá se amontonaban gigantescas hacinas de rastrojo, fulgurantes al sol cual monumentales edificios de oro puro. Por otro lado, y rompiendo la monotonía gris de la planicie, sola y aislada, a grandísimas distancias, surgía de la tierra la nota verde clara de copudo mezquite, como un enorme broche de esmeralda; y más acá, ya muy cerca de mí, a derecha e izquierda corría en interminable sucesión la no interrumpida cadena de colinas y laderas festoneadas de vegetación que se levantaban gradualmente sobre el terreno, hasta empinarse en las titánicas moles de la cordillera que atrás había dejado. Y arriba, muy arriba, altos, altos, manchando el esmalte azul del espacio, negrísimos y profundos, revoloteaban los cuervos solitarios, con vuelo sosegado y solemne, como trágicos gérmes de tiniebla que buscaran

un sitio para clavarse en la esplendorosa inmensidad del éter incendiado.⁹

Recogiendo la vista, fijéla en un punto de la llanura y descubrí, en medio de manchones de maleza, los jacales de una estancia, cercados por apretada hileras de magueyes y cardones: podía distinguir apenas las tapias de adobe con sus tejados de palma. No había señal de movimiento y vida en aquella mansión, y una tristeza, vaga y honda al mismo tiempo, la rodeaba por todas partes.

Ya he dicho en otra vez que el campo es triste,¹⁰ siempre triste, inmensamente triste; y hay la singularidad de que la penetrante impresión de melancolía que produce es tan augusta en la mediación del sol como en el peso de la noche. Siempre existe cierta lóbreguez¹¹ en la majestad de esas dos horas; sólo que no hay en la del mediodía el horror que por la noche tanto perturba el ánimo y lo amedrenta. Pero el que se encuentra en la soledad de los montes cuando el sol toca en el cenit,¹² siéntese sobrecogido perpetuamente por el infinito y perdurable misterio de la Naturaleza. Y si el paisaje que se desarrolla ante los ojos es dilatado, monótono y salvaje, entonces el

⁹ Esfera aparente que rodea la Tierra. Lo que el narrador quiere decir poéticamente es que los cuervos buscan un lugar del planeta para aterrizar.

¹⁰ El protagonista había mencionado este carácter del campo en “Encuentro pavoroso”.

¹¹ Oscuridad.

¹² Punto culminante o momento de apogeo de algo.

alma va a ampararse en la sagrada tristeza, como los picos más encumbrados de las montañas se empanan en la suprema frialdad de las eternas nieves.

Aunque lo procuré con todo empeño, no pude dormir. El campo, cuando no hay un objeto que divierta mi espíritu de las cosas comunes de la vida, prodúceme a menudo cierta embriaguez estática, o más bien dicho, una borrachera en que me sumerjo plácidamente hasta llegar, a fuerza de abstraerme en la meditación contemplativa, a ese punto muy semejante al Nirvana,¹³ que el inolvidable poeta describió en un verso de penetrante intensidad al preguntarse:

“¿En qué pensamos cuando no pensamos?”¹⁴

Estaba, pues, llegando a ese estado espiritual, cuando un accidente súbito me despertó de mi marasmo.¹⁵ En la estancia que juzgué solitaria y que se aparecía como a un cuarto de legua, vi revolotear, tras el cercado de magueyes, muchas aves de corral que en confuso desorden y apresuradamente pugnaban por eludir un peligro. Al mismo tiempo aparecieron en el boquete que servía de puerta al solar dos mujeres

¹³ En algunas religiones de la India, estado resultante de la liberación de los deseos, de la consciencia individual y de la reencarnación, que se alcanza mediante la meditación y la iluminación.

¹⁴ Se trata del decimosexto verso de “Jugar con la ceniza”, de Manuel Gutiérrez Nájera, ubicado en la segunda parte del poema.

¹⁵ Suspensión, paralización, inmovilidad, en lo moral o en lo físico.

que agitaban los brazos con ademanes y aspavientos¹⁶ desesperados, y tales gritos lanzaban, que llegaron perceptiblemente hasta mis oídos. Y en aquel propio instante, un animal que pude distinguir a la distancia y acababa de saltar el cercado perdiéndose entre los matorrales del montecillo, apareció de pronto en plena llanura, corriendo rápida y derechamente hacia el sitio donde yo me encontraba. Dos perros ladrones furiosos le seguían, pero sin lograr alcanzarle, y, desalentados y rendidos, fueron quedándose atrás uno de otro, ya sin intento de continuar la persecución. Todo esto duró algunos minutos.

Yo me había incorporado sobre el brazo derecho y al través del ramaje observaba atenta y cautelosamente. El animal perseguido que con su ligereza lograra burlar la furia de sus enemigos, era un coyote grande y peludo, y en el hocico traía una gallina negra que agitaba las alas cacareando lastimosamente.

A cada instante se acercaba más a mi puesto, y calculando yo que no tardaría en estar a tiro, eché mano a la carabina y me apercibí a aguardar en acecho aquella a quien ya consideraba por segurísima presa. Mas cuando el animal iba a ponerse a mi alcance, con la singular astucia de que está dotado, adivinó sin duda mi presencia, por los movimientos que hice necesariamente al tender el arma para encañonarle y disparar en el momento que le tuviese bien enfilado.

¹⁶ Demostración excesiva de espanto, admiración o sentimiento.



Y repentinamente el coyote torció el rumbo hacia mi derecha y a todo escape se lanzó atravesando los barbechos con dirección al cerro. Y con la misma rapidez me puse en pie; y desamarrar el caballo y ponerme de un salto sobre la silla, obra fue de un solo instante. Y desatentado bajé por la colina como si a despeñarme fuera, enderezando la carrera en pos de la escapada bestia, a quien traté desde luego de atajar, cortándole el camino que hacia la montaña proseguía. Mucho alcanzó a aventajarme en tan cortos momentos; pero mi caballo era ligerísimo, estaba descansado y el coyote no podía correr mucho por la planicie sin que presto le diera alcance. Varias ocasiones había emprendido con éxito persecuciones semejantes; así es que abrigaba la seguridad de cansar al malvado y ladrón raposo a quien juré hacer pagar con la muerte todos sus merodeos.

III

Alcanzaba, por fin, a cortarle terreno. La distancia iba menguando. El coyote había tomado por un atajo que hacía larguísima cerca de piedra encaminaba. Tal cerca no fue descubierta por mí sino en aquel momento. Dividía las llanuras labrantías de los cerros, formando dos potreros. Era bastante elevada y corría en línea recta, subiendo y bajando sobre la falda, según las ondulaciones del terreno. Al pie del lienzo y paralelo a él, hundíase un vallado poco profundo y

cegado en partes por las corrientes de la sierra. Por allí seguía desaforado el coyote, y yo tras él no cejaba un punto.

Pero evidentemente que si el fugitivo alcanzaba a saltar cerca y vallado, se remontaría por los cerros, ocultándose entre los mogotes que, salteados aquí y allá, en el declive de la falda, iba espesándose más y más, a medida que la montaña se empinaba. A evitarlo a todo trance corría yo desalado y lograrlo creía antes de mucho, pues por dos ocasiones el bermejo canino se detuvo fatigado, sentándose sobre los cuartos traseros y dirigiendo hacia mí sus orejas rígidas y el agudísimo hocico que constantemente atenaceaba sin piedad a la pobre gallina, ya casi exánime, a juzgar por las ligerísimas convulsiones en que se agitaba. Y en esas dos ocasiones intenté disparar haciendo blanco al detener de súbito el caballo; mas el astuto animal emprendía de nuevo e instantáneamente la rápida carrera obligándome a seguirle siempre a todo lo largo de la cerca.

Y a cada momento me acercaba. Unos cuantos más, y tenía la seguridad de fusilarle a mansalva,¹⁷ pues el coyote iba debilitándose según se echaba de ver en lo flojo de la carrera y por la desesperada ansiedad con que buscaba la salida por cualquier parte. Yo estaba ya jadeante y trémulo por el ardor de

¹⁷ Abreviatura de la expresión militar “a mano salva” que significa disparar con seguridad y sin peligro alguno para quien dispara.

la persecución que de frenético estímulo me servía. Un instante, un solo instante, y la presa era segura. Veíale el rojizo pelambre enmarañado e hirsuto y la esponjada cola casi barriendo el suelo y medio escondida entre las ancas... Y de repente, en un solo punto y de un solo golpe, el animal saltó por oculto brincadero de la cerca, donde sin duda los leñadores o los cuatreros habían rodado las piedras para abrirse paso y comunicación entre las dos dehesas.¹⁸

Quien se haya encontrado en lance parecido, podrá figurarse la desazón y descorazonamiento que sentí de súbito. La cólera y el despecho invadieronme de tal manera, que me propuse disparar todos los tiros de mi carabina sobre la solapada bestia que así me había burlado, apenas la divisara a la otra parte del lienzo, pues pensar en seguirla era pensar en lo excusado, y poco menos que imposible hacer brincar el caballo por aquel portillo, practicable sólo para los peones y animales monteses; e intentar la persecución a pie era casi una locura, por lo duro, sinuoso y empinado de la vertiente.

Así es que paré de pronto el caballo y me apercibí a hacer fuego en el instante en que el coyote apareciera al otro lado de brincadero, lo cual tenía que suceder forzosamente, y en un momento, sin que lograra esconderse entre los mogotes, que en aquel sitio eran ralos y dejaban claros suficientes para po-

¹⁸ Tierra donde pastan los carneros.

der dar caza a una pieza mucho más pequeña que la que se me había escapado.

Desde el punto en que me encontraba, a menos de cincuenta pasos del brincadero, descubríase buena extensión de terreno por ambos lados de la cerca, que precisamente a corta distancia y por la parte interna se torcía en ángulo obtuso siguiendo la irregular pendiente de la montaña, lo que me permitía ver cualquier objeto que se moviera al pie mismo de la provisional muralla.

Y es el caso que transcurrieron segundos, minutos, sin que el decantado animal apareciera. Desde el caballo dominaba yo todos los lugares por donde podía surgir de pronto, aun a largo trecho, y aunque contra las piedras de la cerca se deslizara intentando incrustarse en ellas, a verle alcanzaría siguiéndole con la vista por todas las veredas. Confundido hallábame y “mistificado” casi con aquella desaparición repentina.

La bóveda, antes azul, del cielo estaba roja y el sol se desbarataba en cataratas de lumbre sobre la extensión bravía.¹⁹ Allí el monte era yermo: abajo la inmensa sabana de tierra candente; arriba las estribaciones de la cordillera, manchadas a veces por el chaparral ceniciento, cubiertas a trechos por los peñascos calizos que rodaron los siglos desde la montaña, como enormes osamentas de una raza monstruosa; y entre aquellas dos arideces, el cercado de piedras calcáreas

¹⁹ El autor se refiere al color que adquiere el cielo durante atardecer.

de abrasadora blancura y que en sinuosísima curva iba siguiendo los accidentes de las laderas desoladas. Eché pie a tierra, desaté el cabestro,²⁰ y llevando de él a mi cabalgadura, dirigíme al punto mismo del brincadero donde la cerca aparecía como una gigantesca mandíbula, monda²¹ y desdentada.

Por ese lugar precisamente había saltado el coyote y desaparecido, sin que a verle volviera en todo aquel espacio. Trepé por las piedras rodadas del brincadero, siempre llevando del ronzal a mi caballo, y cuando estuve en la medianía del boquete, me asomé al lado opuesto del potrero buscando en el suelo las huellas que el animal hubiera dejado... Y en este punto, protesto y juro que el pasmo y la admiración dejáronme de un golpe y de una sola pieza, parado, confuso y aturcido. Al pie del muro de cantos sueltos de que la cerca estaba compuesta, acurrucado, hecho un ovillo, en informe montón que se encogía sobre sí mismo, un viejecillo desmedrado, sucio hasta la repugnancia, apareció a mis atónitos ojos, que todo esperaban encontrar, menos semejante engendro de asquerosidades, a quien apenas podía considerarse como un ser humano.

Las rodillas finas y puntiagudas, ceñidas por los brazos en apretado nudo, como por dos cobrizas serpientes, escuálidas y viscosas. El descubierta crá-

²⁰ Ronzal que se ata a la cabeza o al cuello de la caballería para llevarla o asegurarla.

²¹ Que carece de algo, especialmente de pelo.



neo, coronado por hirsuto greñal de mechaz grises, descansaba sobre aquel infame nido que los codos y las choquezuelas²² formaban, y todo el conjunto aparecía cubierto por inverosímil envoltura de andrajos nauseabundos. Los desnudos brazos y las piernas, tan canijos y descarnados como los de una momia, tenían el color grasoso y oscuro del café tostado; y en tal apariencia y postura, el vejete semejaba un faquir²³ indio sumergido en la estúpida somnolencia de su contemplación. A su lado descansaba en el suelo, boca abajo,

²² Rótula o choquezuela es un hueso plano y redondo que forma la articulación de la rodilla.

²³ Palabra de origen árabe que significa *pobre* o *pobreza*. En la India, es un asceta que practica duros ejercicios y retos de resistencia física y mental.

un viejísimo sombrero de palma, alto de copa, agudo y abollado. Y la inmovilidad de toda aquella maza vil, cuasi informe, infundióme de pronto estupor tal, que no acerté a tomar por largos momentos resolución alguna. Por fin, repuesto de mi sorpresa, alcé la voz para despertar al viejo a quien juzgué dormido o amodorrado bajo la inmensa ola ardiente del sol, que más que inundarle, le quemaba; mas ningún movimiento respondió a mi llamado.

Repetí las voces hasta llegar al diapasón del grito; y sólo en el último que acompañé con un empujón dado sobre su espalda con la culata de mi carabina (pues sentía viva repugnancia de tocarle), alzó pesadamente la temblorosa cabeza que dirigió hacia mí, mostrándome una faz tan en consonancia con el cuerpo, que comencé a sentir inexplicable inquietud. Unos cuantos pelos ásperos y rígidos manchaban de blanco y gris aquel inmundo semblante, donde los ojos, como dos gotas de agua sucia, escondíanse vacilantes y contraídos entre dos círculos, rojos hasta la sangre, encendidos hasta el fuego y despoblados de cejas y pestañas, de los cuales pugnaba por desprenderse y resbalar un humor asqueroso sobre los pellejos negros y cochinos de aquellos pómulos, partidos por arrugas tan profundas, que semejaban cuchilladas.

Fijó en mí la mirada, sin verme al parecer: tanta vaguedad había en ella. Trató de incorporarse, pero el temblor de los remos se lo impidió y dejose caer de nuevo sobre la piedra que le servía de asiento.

Como no contestara a mis preguntas ni hiciese caso de las palabras que le dirigía, mostréme duro y amenazador, hasta lograr infundirle cierta timidez que le obligó a hablarme, advirtiéndome desde luego que era sordo. Entonces a gritos le interrogué.

—¿Dónde está el coyote que brincó por aquí?

—No he visto, padrecito —me respondió enseñándome los dos colmillos únicos, verdes y negruzcos, de que sus encías estaban guarnecidas.

—Eso no es verdad. En este mismo lugar ha caído y por fuerza tuvo que tropezar contigo y desperdarte, por muy dormido que estuvieras.

—No ha brincado nada, padre santo —Y su voz era tan quejumbrosa y entrecortada, como si mortal dolencia le aquejara—. Yo no he visto —continuó—, estoy muy malo y aquí me quedé a descansar, “pos” ya no puedo ni llegar a mi casa.

—¿En dónde vives?

—Allá —me dijo, señalando con un vago movimiento del enjuto brazo un punto indeterminado que estuviese a la vuelta de los cercanos cerros—. Vengo de pedir limosna por algunos ranchos donde hay almas caritativas que me socorren. Pero estoy muy malo y ya no puedo caminar.

En la voz y los ademanes del viejo se advertía, efectivamente, que estaba muy enfermo, lo que empezó a inspirarme hondísima compasión. Expliquéle el caso del coyote y la imposibilidad de que hubiera desaparecido sin ser visto. Juró y perjuró el viejo que no había sentido la carrera ni el brinco. Me incliné

buscando en la tierra las huellas del animal, pero el terreno era pedregoso y yo no podía observarlas. Al bajarme un poco para examinar mejor el suelo, hice rodar algunas piedras de la cerca que cayeron casi sobre el sombrero del mendigo. Y en aquel instante... ¡horror de los horrores!, el sombrero empezó a moverse vertiginosamente como si oculta fuerza le impeliera. No pude darme cuenta de mi asombro, porque en el momento mismo voló el tal sombrero volcado por una gallina prieta que, escapándose de debajo, echó a correr aleteando, aturdida y asustada, hasta los mogotes más cercanos, donde se escondió súbitamente, dejando oír sólo su alharaquenta gritería.

Imposible dar cuenta de mi estupefacción y de mi asombro. Por un primer impulso quise arrojarle sobre el mendigo y molerle a golpes o descerrarle un tiro. Mezcla increíble de furor y espanto se apoderó de mí, y ciego, desatentado y frenético, sin tener conciencia de mis actos, iba ya a consumir horrendo crimen, cuando el viejo, en el colmo del terror y como por enérgica fuerza impelido, púsose de rodillas y con las lágrimas en los ojos y alzando hacia mí los brazos implorantes, gritóme, con grito tan desesperado que nunca olvidaré:

—¡Perdóname, padrecito de mi alma, no me mates, nada te hago! Esa gallinita me la dieron de caridad; no me la he robado. Soy un pobre, soy un pobrecito viejo y estoy enfermo. ¡No te vaya a castigar Dios!

Una ola de sangre fría hízome volver el buen sentido, tan repentinamente como me había aban-

donado. Pero mi retorno al cabal juicio vino de estu-
por tal acompañado, que tardé buen espacio en dar-
me razón exacta de aquel evento. Cuando alcancé a
reponerme, me envolvía cierto ambiente de misterio
y pavor, que me impulsó a trastumbarme del mon-
tón de piedras donde hasta entonces había perma-
necido, y poco a poco fui enrollando el cabestro;
amarrélo a los tientos de la silla y monté de nuevo,
ordenando al viejo con voz que el mismo estado de
mi ánimo hacía imperiosa y amenazante, esperar en
aquel punto hasta mi regreso.

IV

A carrera tendida por entre los barbechos me dirigí
a la estancia de donde el coyote había robado la ga-
llina. Llegué en unos minutos. Llamé en seguida con
las palabras sacramentales:

—¡Ave María!

—En gracia concebida —me contestaron desde
adentro dos mujeres que a poco aparecieron en el
umbral de los jacales.

—¿No se ha llevado el coyote alguna gallina? —
les pregunté precipitadamente.

—Sí, señor; y todos los días se lleva una o, con per-
dón de su mercé,²⁴ un puerquito, de modo que ya no

²⁴ Merced, tratamiento o título de respeto y cortesía.

tenemos vida. Ni los perros, ni balazos que le avientan los hombres, pueden espantarlo, “pos” siempre le “jierran”²⁵ y los perros se cansan y le tienen miedo.

—¿Hay aquí algún hombre que venga conmigo a seguir al coyote que está del otro lado de la cerca?

A mi pregunta, presentóse un muchacho que acababa de llegar del trabajo, según me dijo; le invité a acompañarme, a lo que prestóse de muy buen grado; y ambos, entre las bendiciones y los votos de las mujeres, enderezamos el rumbo hacia el lugar de mi aventura que, como era natural, no quise referir a aquellas buenas gentes.

Cuando nos acercábamos al portillo del brincadero, divisamos al rabadán²⁶ y al guía que ya estaban de regreso y se dirigían a nosotros, pues no habiéndome encontrado en el punto donde me dejaron, vinieron en mi busca, dando conmigo en poco tiempo. También les puse al tanto del objeto que me había apartado del bosquecillo de los encinos, y todos cuatro llegamos en un momento al lugar donde el coyote se me escapara dejándome burlado, y donde el viejo mendigo debía aguardarme.

Pero éste también había desaparecido; y aunque pensaba yo que no podía estar muy lejos según era

²⁵ Yerran, tercera persona en plural del verbo *errar*, es decir, los hombres ya no disparaban al coyote porque siempre fallaban.

²⁶ Pastor principal que cuida todos los hatos de ganado, y manda a otros pastores.

enfermizo y débil su aspecto, no quise decir una palabra sobre el hallazgo del viejo a mis compañeros, para que fuesen a buscarle.

Los tres eran peritísimos en eso de seguir pistas y encontrar huellas. Púseles sobre el terreno mismo, y con todo y que sólo de piedra dura se componía, pudieron adivinar el paso, pero no de un animal, sino de un hombre. Advertirlo y quedarse parados de una sola pieza, viéndome con atónita mirada, fue una sola cosa.

—¡Alabao sea el Santísimo Sacramento del Altar! —exclamó el vaciero y todos tres se persignaron—; ésta es la “fuella”²⁷ del nahual.

—¿Qué nahual? —les pregunté con una sonrisa incrédula, que yo mismo no estaba muy seguro de que fuese natural.

—Pos, señor —dijo el muchacho a quien fui a traer de la vecina estancia—, es un viejo muy malo que se aparece por todos estos montes y naiden sabe de dónde viene ni dónde vive.

—Sí, amo —repuso el vaciero—; y dicen que se güelve coyote o cualquier otro animal ansina de esos del monte, porque izque tiene pauto²⁸ con el enemigo malo.²⁹

²⁷ Huella.

²⁸ Pacto.

²⁹ Se refieren al diablo.

—Yo nunquita le vide —dijo mi guía que hasta entonces había estado mudo y estupefacto—; pero he oído hablar mucho de ese viejo, que dicen que tiene la casa en una cueva del cerro.

—Eso no es verdad —les dije—, no hay nahuales; y si algún viejo o mozo ha pasado por aquí hace poco, vamos a buscarle y por fuerza tenemos que dar con él.

Y nos pusimos en obra, pero todo fue inútil. Agotamos el vigor y la paciencia. El “fuellerío”³⁰ desaparecía sobre las rocas donde no era posible percibirlo, o entre los matorrales que se espesaban haciéndose bravíos y obstruyéndonos el paso completamente. Quise que nos internáramos en las cañadas de la sierra, pero mis tres acompañantes, a una, se opusieron obstinadamente y no logré arrancarles, con todos mis esfuerzos, aquella superstición de la cabeza.

Desalentado al fin, volvíme, no sin proponerme descubrir por cualquier medio y a todo trance aquel hasta entonces para mí inexplicable misterio; y no cejé³¹ un punto hasta que, transcurrido más de un año, pude lograr al cabo dar con el secreto, cuando el viejecillo fue encontrado muerto en una covacha oculta entre lo más salvaje y escarpado de la montaña.

El hallazgo del cadáver fue debido a una circunstancia bien singular por cierto. Ocupábanse

³⁰ Conjunto de huellas.

³¹ Ceder en un negocio, empeño o discusión.



unos leñadores en sus habituales faenas, cuando escucharon los aullidos agudos y prolongados de un coyote, y tan insistentes eran, que determinaron ir en busca del animal para matarle. Topáronle a la entrada de una cueva poco profunda donde se ocultó al sospechar que le perseguían. Los leñadores se aventuraron dentro de la cueva, y cuál sería su asombro al encontrar al viejo muerto y junto de él, como si fuese un perro, al coyote echado y lamiéndole con tan grandes muestras de cariño y de dolor, que los hombres se enternecieron, y a pesar de la superstición que abrigaban sobre las brujerías del viejo, le sacaron de allí, llevándole a enterrar al cementerio más cercano.

El viejo, cuyas dolencias y falta de fuerzas eran más aparentes que reales, explotaba la credulidad de los sencillos montañeses para hacerse temer y robar

a mansalva, con la ayuda del leal y bien amaestrado coyote, que le proveía de aves del corral y cuadrúpedos, con cuya venta satisfacía las menguadas necesidades de su miserable existencia...

Y ahora, al entrar la noche, el fiel canino marchaba en pos del rústico funeral por entre las lóbregas asperezas de la serranía, lanzando el doloroso clamor de la despedida a aquella miseria y abyección que le abandonaban para siempre y que le habían amparado con amor y abrigo en la soledad de los campos, en cuya infinita tristeza iba a perderse el lastimero grito, como el toque lúgubre de salvaje clarín que, para contemplar en tanta pequeñez la augusta grandeza de la muerte, convocara a todos los espectros de la montaña.



Título: *Cada vez que me muero II*

Autor: Hortensia Aguilera

Año: 2018

Técnica: Grabado en linóleo

Medida: 50 cm x 70 cm



DESCARGA

LA COLECCIÓN COMPLETA





Cuentos de espantos de Manuel José Othón, se terminó de editar y digitalizar en septiembre del 2021, en el Departamento de Letras Hispánicas, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Campus Guanajuato, de la Universidad de Guanajuato. La edición estuvo al cuidado de Flor E. Aguilera Navarrete y Sofía Espino Mandujano.